

Memoria republicana:

Introducción a la historia de la Guerra Civil Española: Antecedentes de la Guerra Civil española.

Mike Blacksmith

Rev. 4.60.05 2020

(Este archivo Pdf sustituye por motivos anti copia a la página web:

<http://www.sbhac.net/Republica/Introduccion/Antecede/Antecede.htm>



Cádiz, Isla del León (San Fernando) Proclamación de la Constitución de 1812.

La Guerra Civil española no es más que un golpe militar con apoyos civiles que fracasó en más de la mitad del territorio nacional, lo que provocó una sangrienta guerra donde se enfrentaron los partidarios del régimen legal y constitucional, la República, a otro dictatorial, emergente, amparado ideológicamente y materialmente en otros países con gobiernos dictatoriales igualmente emergentes y con todos los visos de ganar la contienda desde un primer momento.

Una oposición política al gobierno legal, por muy virulenta que fuera, nunca hubiera podido generar una guerra civil, si no fuera por la participación en ella de un estamento básico del estado, las fuerzas armadas. La aceptación de este estamento institucional de su legítimo derecho, casi divino, a intervenir en la vida política española, cualquiera que fuesen

las excusas (irrelevantes para examinar la cuestión) es lo que determina principalmente las causas de la guerra civil.

Es por tanto el estudio de los antecedentes históricos de esta aceptación de la milicia como protagonista principal de los destinos de Patria y de su derecho al intervencionismo lo que nos aportará la luz suficiente para entender cómo se gestó la última y definitiva guerra civil en España tras un siglo XIX convulso y políticamente disparatado y un primer tercio del XX terriblemente violento a la hora de encarar las discrepancias sociales y políticas. Estamos hablando del militarismo español.

El inicio del convulso siglo XIX.

El nacimiento de los factores impulsores del militarismo se remontan a la Guerra de la Independencia. La inestabilidad política generada por esta contienda es el meollo de las causas por los que la milicia se considera legitimada para intervenir y corregir el rumbo del devenir español. El ejército borbónico de la España de Carlos IV desaparece como tal, ocupando su lugar una milicia grandemente influenciada por los acontecimientos ⁽¹⁾.

Nos encontramos con una España invadida por las fuerzas Napoleónicas, donde el Emperador trastoca el orden monárquico a su antojo y donde al producirse la rebelión de los españoles, empieza la guerra. El ejército español no está preparado para librarse esta batalla y la pierde rápidamente si exceptuamos el engañoso destello de Bailén ⁽²⁾. Cuando los ingleses comprenden que España será uno de los campos decisivos para la derrota del Emperador, el ejército español ya no es el ejército borbónico, sino, una fuerza militar auxiliar de una fuerza extranjera aliada, y en su propia tierra. Para complicar el asunto, las fuerzas guerrilleras asumen la realidad militar de esta campaña con mucha más fortuna que el pequeño ejército regular financiado por las Juntas de Defensa. En el orden social se ha producido, si no una revolución si un gran cambio político, una gran parte del pueblo quiere recobrar la soberanía, acabar con el absolutismo y para ello necesita crear nuevas instituciones, donde para

¹ *El ejercito borbónico tenía los mismos males que su sucesor, de hecho es el ejercito borbónico el que le traspasa estos males al ejercito regular de las Juntas de Defensa*

² *Bailén hizo creer a los generales españoles e incluso al mando Inglés que se podría batir fácilmente a los franceses. Este mal de victoria lo pagó muy caro el ejercito español en sucesivas batallas.*

empezar, las Juntas de Defensa se ponen bajo el mando de una Junta Central que no solo organiza la resistencia armada, la regular y la irregular, sino que también convoca las tradicionales Cortes Españolas que con una nueva factura legal en marcha, la futura Constitución de 1812, pretende dar legitimidad al orden insurgente y anti napoleónico. Por motivos bélicos, la composición de los legisladores que van a parir la constitución en la ciudad de Cádiz no forma más que una asamblea de diputados, los del pueblo llano, estando la nobleza y el clero, como estamentos, ausentes. Estas Cortes asumen la soberanía de hecho, pero en 1814, Fernando VII, al que Napoleón había dejado libre, la deroga en Valencia volviendo al Antiguo Régimen. Los intentos de volver a la senda constitucional serán protagonizados por militares como Riego (1820), el más famoso ⁽³⁾, pero hubo otros, como también hubo otros militares absolutistas que daban la vuelta a la situación, cuando no eran fuerzas extranjeras, los Cien mil hijos de San Luis (1823), los que imponían la monarquía absolutista deseada por el monarca. Y a cada vuelta de la tortilla, feroz represión, exilios significativos, y pérdida de empleos y prebendas bajo la cruel mano de la Santa Inquisición.

En cuanto al ejército regular, al término de la guerra, la oficialidad resultante de su reorganización está imbuida de ideologías antagónicas, sin líderes profesionales y poco preparada para las tareas que le aguardan, la conservación del imperio colonial español. Una tras otra, las colonias se independizan por la vía militar comandados por militares criollos que incluso habían luchado con las fuerzas españolas en la guerra contra los franceses. Las primeras trazas del intervencionismo militar español, están servidas. La institución, desprestigiada en lo profesional, derrotada en ultramar, sin enemigo (pronto lo tendrá), inicia el largo periplo de la intromisión en todos los aspectos de la vida española cuajándose como árbitro definitivo de todos los litigios que en las Españas serán, y eso que aún no ha llegado el desastre del 98, verdadera catarsis de este fenómeno del militarismo español. Militarismo que para ocultar lo evidente, no cesa de decirse que es la única institución sana en un país enfermo y que desgraciadamente desembocará en que la oficialidad más radical asuma sin complejos que su enemigo natural es el pensamiento liberal y republicano español, sus líderes y sus reivindicativas organizaciones, tras un siglo de incompetencia y derrotas. Es el

³ En realidad era el coronel Quiroga el líder del alzamiento y no el teniente coronel Riego, pero Quiroga se alzó un día después no consiguiendo tomar Cádiz, mientras que Riego tuvo éxito en Cabezas de San Juan, sobre todo por la pasividad de las tropas gubernamentales.

anticivilismo, idea de determinado pensamiento militar español que consiste en achacar todos los males de la patria a las ideas progresistas generadas por la sociedad civil.

El ejército español del siglo XIX, es único en la Europa de los nacionalismos. La palabra "pronunciamiento" pasó a los idiomas extranjeros tal cual (como también "guerrilla") como un término técnico para explicar el fenómeno militar español sin parangón en el resto de Europa. Los Espadones se suceden una detrás de otro, Espartero, Narváez, O'Donell (reinado de Isabel II), Serrano, Topete, Prim (Regencia). En resumen, todos, prácticamente todos los cambios políticos importantes de la España del siglo XIX son resultado de la intervención militar (pronunciamiento). Es más, las dos únicas repúblicas que en España han habido fueron derribadas por militares (Pavía y Franco and cía.) Es un círculo vicioso, la inestabilidad política propicia y favorece los pronunciamientos, y el estado calamitoso del ejército y de la oficialidad acumula el descontento, que va de un pronunciamiento en otro, sin solucionar nada, ni la estabilidad política, ni el estado de la fuerza armada, como tal. Se suceden tres guerras carlistas (1833-40, 1846-49 y 1872-76) y una intermedia y temprana guerra de Cuba que se cerrará en falso. Una desoladora preparación para la prueba de fuego que le viene al ejército, el desastre del 98. En el ínterin y entre 1833 y 1868 tienen lugar 12 pronunciamientos de los que seis son exitosos.

¿Pero por qué? ¿Que le ocurría al país y a su fuerza armada?

El desastre del 98.

El ejército encara el dramático fin de siglo español en unas condiciones profesionales deplorables. La persistente y más odiosa característica de las fuerzas armadas españolas hasta el mismísimo fin de la dictadura franquista: las semipernas deficiencias estructurales del ejército español.

Los reclutas son pobres, el que puede pagar se libra (se redime, se decía con razón). Hay macrocefalia, generales, coroneles y oficiales en exceso para unos pocos soldados mal alimentados, mal instruidos y mal equipados. La mortandad en tiempos de paz en los cuarteles era escandalosa, 10,5 fallecidos y 45 inútiles por cada mil hombres. 1000 muertos al año por enfermedad y otros 5000 que quedaban completamente inútiles para el servicio cada año. Los datos de los civiles a este respecto no son tampoco muy boyantes pero están a años luz de los de los soldados. Esto indica dónde estaba el mal. En los hospitales militares la mortalidad era del 15% (ien tiempos de paz!) Teníamos los peores indicadores (como se dice ahora) de toda Europa, nuestros vecinos incluidos.

La sociedad civil (⁴), no iba mucho mejor, unos partidos políticos de muy pequeña implantación alrededor de notables que se alternaban en el gobierno, la débil monarquía, siempre sin afianzarse como institución desde la guerra napoleónica, la Iglesia con una aparente no intervención en los asuntos del estado, pero con una influencia notabilísima, y el ejército. De todas ellas, y en el inestable panorama, la fuerza armada y precisamente por ello, es la que parte con ventaja a la hora del arbitrio. Para más inri, los políticos de todo pelaje tratan de seducir a los militares para sus propios fines, siendo esta incitación civil a intervenir, precisamente una de las causas de los sucesivos pronunciamientos, pero no la principal, que es como sabemos la detentación por parte del ejercito del monopolio de las armas, la fuerza bruta pura y dura y sin cortapisas políticas y sociales. La debilidad de los partidos políticos y de la monarquía deja el campo libre al ejército español que pasa a convertirse en el partido político más importante, una policía política en puridad y con, incluso, diversas ideologías, que terminan por enfrentarlo entre sí. Los garantes de la Patria no tienen todavía claro si son monárquicos, absolutistas, carlistas, moderados, liberales o radicales, pero pronto lo tendrán.

¿Cómo podía ponerse fin a esta situación?

La única solución era la estabilidad política con un sistema constitucional y el urgente emprendimiento de reformas sociales y políticas. El meritorio político Antonio Canovas del Castillo lo comprendió perfectamente cuando tras otro pronunciamiento (⁵) trató de modificar la correlación de fuerzas buscando la paz y la estabilidad. Era la Restauración (1875) y el propio ejército lo entendió mayoritariamente renunciando a los pronunciamientos pero no a la influencia política y mucho menos a desmilitarizar la sociedad española cuyos pilares de poder se sustentaban en las Capitanías Generales, verdaderos virreinatos de la justicia militar y del orden público. El precio a pagar por la asunción del ejercito del orden constitucional fue la macrocefalia y la nefasta política de ascensos, condecoraciones (⁶) y recompensas. El ejército español jamás se libró de este defecto estructural, tan dañino para su presupuesto

⁴ *Esa perogrullada de frase que siempre decimos cuando queremos decir la sociedad, pero que en España es imprescindible citar textualmente al estar normalmente la sociedad militarizada en la mayoría de su pasado.*

⁵ *General Martínez Campos en Sagunto*

⁶ *Las condecoraciones solían llevar parejas remuneraciones en metálico, bien de por vida o bien a tanto alzado y otras ventajas sociales.*

(⁷), incluso se padece en nuestros días. Pero aún había otros defectos importantísimos. La falta de adecuadas reformas militares creó castas y privilegios diferenciándose unas armas de otras. Por una lado las armas técnicas, artillería e ingenieros, por otra, la caballería y la infantería. Los artilleros defendían a capa y espada sus privilegios y protagonizaron más de una asonada, obligando a la disolución del arma en varias ocasiones. La infantería, verdadero núcleo del ejército, lo constituyan unos 80.000 infantes mal instruidos, equipados y alimentados, con una oficialidad tan mal pagada que los agravios estaban a la orden del día.

La reforma se intentó con exquisita mesura (debilidad en el fondo) por parte de Sagasta (⁸) y no llevó a ninguna parte, había tales intereses creados en las camarillas cívico-militares que el más leve cambio producía reacciones exageradas. Los políticos que se atrevían a proponer moderadas reformas eran denostados y sus carreras corrían serios peligros. La fuerza armada quedó como estaba, el ejército era una fuerza políticamente tan poderosa con un pasado de pronunciamientos recientes que atemorizaba a la clase política reformista, mientras otras fuerzas civiles lo adulaban en beneficio propio sacándolos en aspectos nada políticos y mucho más crematísticos. La miseria de la tropa y de la oficialidad incrementó las corruptelas en los suministros. La llegada de Castelar, fue otro intento reformista, esta vez con el pomoso proyecto de "Presupuesto de la Paz" (1891). La iniciativa a duras penas emprendida y con algunas medidas en ultramar catastróficas (⁹) alimentó posteriormente el irredentismo militar y sirvió de bandera permanente para la auto-justificación de las desastrosas actuaciones del ejército y de la flota en la guerra hispano-americana.

El fracaso de estas reformas tiene dos culpables, la debilidad de los gobiernos frente al ejército, y la decidida voluntad de la mayor parte de la oficialidad a rechazarlas, utilizando

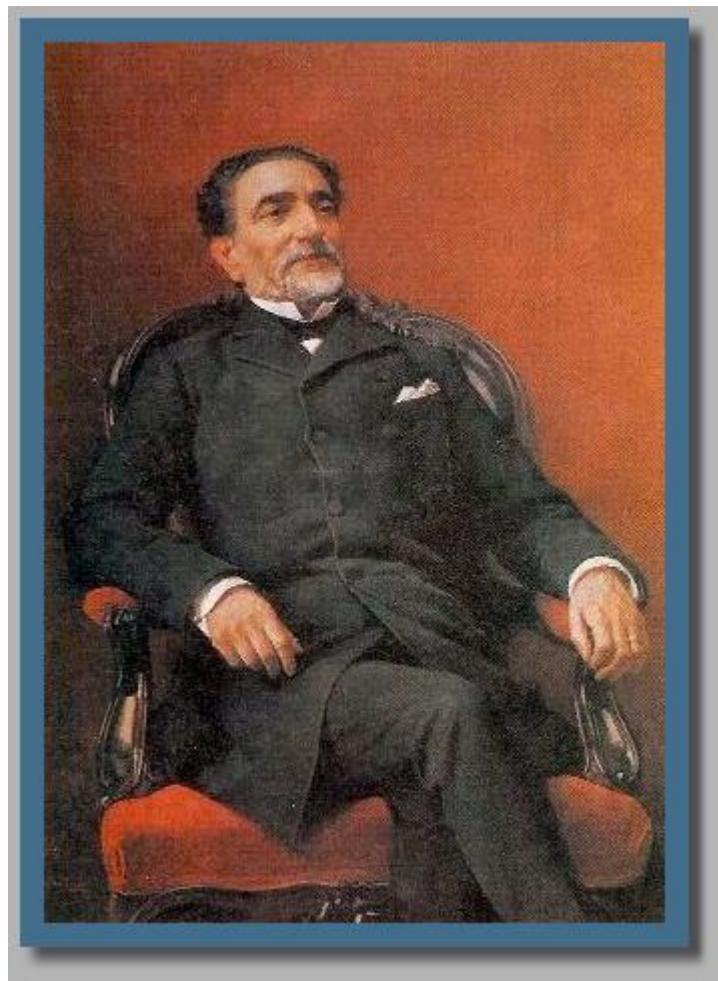
⁷ En un ejército europeo de la época, la nómina se llevaba el 30% del presupuesto, en el español el 80%. No quedaba dineros para nada. Un ejército muy caro en un país muy pobre y absolutamente incapaz de llevar a cabo sus tareas específicas. Este sí que era uno de los males atávicos de la patria.

⁸ Se trataba de reducir privilegios de algunos cuerpos. Reformar en el retiro y la reserva. Reformar el reclutamiento (fundamentalmente la redención en metálico) implantando un servicio militar obligatorio de verdad. Reformar los ascensos y recompensas (nido de las corruptelas y adulaciones). Cambios en la división territorial para devolver a la Capitanías Generales a sus verdaderas funciones. Y adecuación de materiales bélicos en el ejército y en la flota.

⁹ Las fuerzas en Cuba quedaron reducidas a 20.000 soldados a todas luces insuficientes, más, cuando prácticamente la mitad se encontraban afectas de enfermedades tropicales. (1892)

además las pretendidas reformas como coartada de su incompetencia. El pacto político-militar que trajo la Restauración se estaba rompiendo a la par que el militarismo más irracional y chulesco se abría camino en los cuartos de banderas de las instituciones castrenses. La brecha con la sociedad civil y el descontento eran en realidad el suministro de la fuerza armada, tan necesitada en puridad de otros suministros y de urgentísimas reformas. Pero no hubo ningún líder militar que lo entendiera si exceptuamos al general Caíssola, artífice del plan de reforma. Los militares perdieron con Sagasta y ministros sucesores la primera oportunidad real de reformar su institución que decían tan querida y tan sana. Por contra, se dejaron llevar por la oficialidad más radical que incapaz de asumir las más mínimas críticas emprendió una particular guerra contra la prensa liberal asaltando las redacciones e imprentas. Naturalmente, no les pasaba nada, y si algún periodista se ponía especialmente pesado se le retaba a duelo y se le dejaba como cobarde, si, como era lógico, no acudía a que lo matara un especialista en esgrima. Nada de esto pasaba en vano, los civiles más clarividentes crearon corrientes de opinión para la reforma de la fuerza armada, pero este movimiento fue entendido como antimilitarismo intelectual, lo que era una verdad a medias. Los oficiales radicales y sus apoyos ultraconservadores destilaban por contra lo que se denominó anticivilismo militar, y también era una verdad a medias. Mejor que nadie sabían los militares profesionales en España, los males del ejército, pero querían resolverlos ellos mismos. Lo que era del todo imposible, pues el poco regeneracionismo militar que surgía dentro de la oficialidad, pasaba mayoritariamente por la idea de la insurrección, una dictadura militar para resolver los males de la patria. Era de locos. El pacto cívico-militar que había acabado con los pronunciamientos, como decimos, se encontraba en peligro.

Con este panorama, el ejército colonial español se enfrentó a dos guerras en ultramar y otra, también colonial e incipiente en el norte de África. No estuvo a la altura pese a los grandes sacrificios humanos y derroches de valor individual que protagonizó. En el 98, el ejército, desastroso en organización, mandos y tropa luchó con valor como era su obligación, la desmoralización no había alcanzado todavía las cotas que propiciaron el siguiente desastre, el de Annual en 1921.

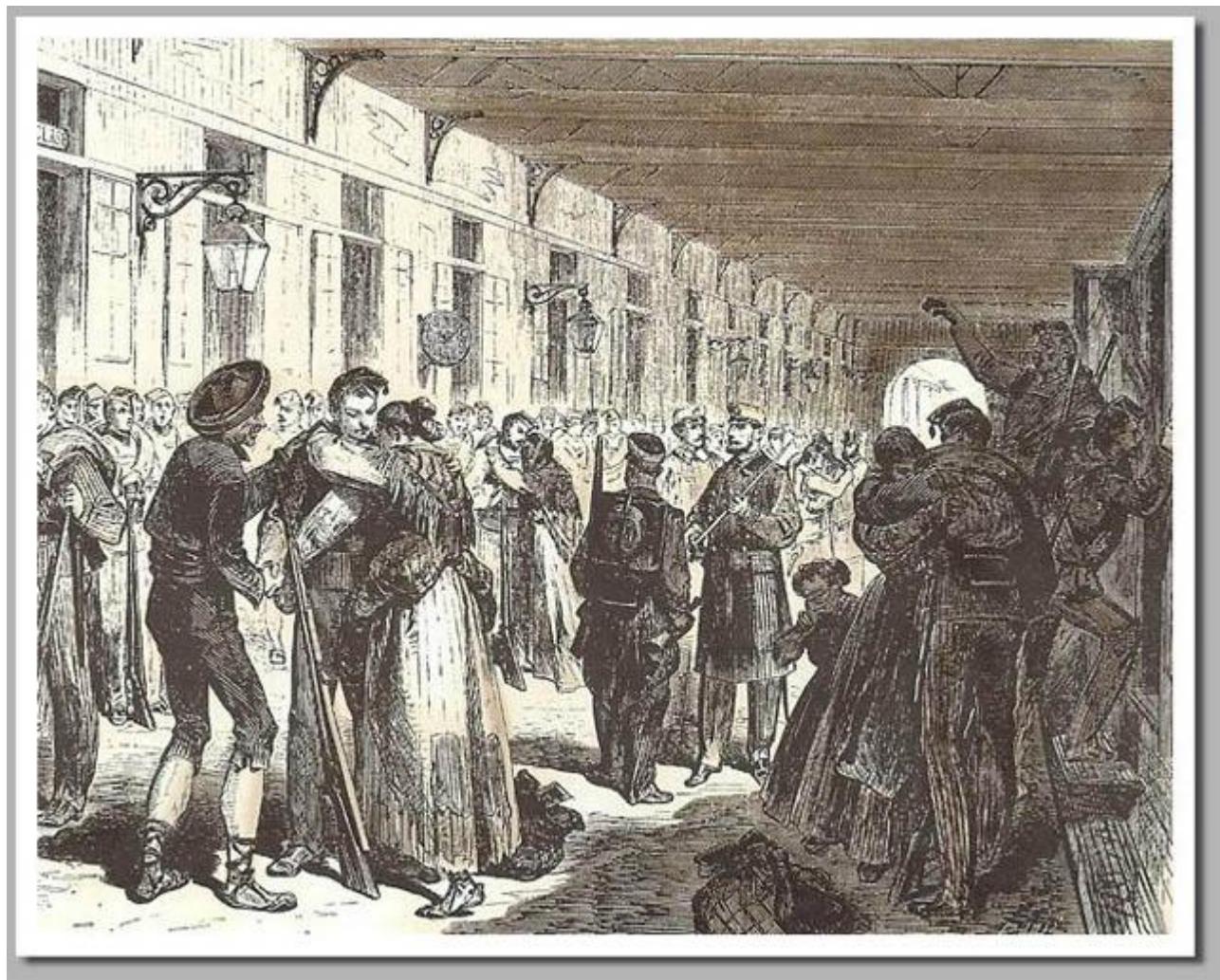


El rival de Cánovas, el liberal Sagasta.

La guerra hispano-americana, la vuelta de los espectros y la oleada de antimilitarismo.

La sociedad española encara profundamente dividida la crisis de final de siglo. El Canovismo reformista se agota. Cualquier reforma que se pretenda cae ante las protestas de minorías muy activas, pero minorías. El gobierno es débil, pero encara las crisis coloniales como si se tratara de una potencia de primer orden. Y claro, los desastres vienen uno detrás de otro. Este error de escenificación de los políticos no es corregido por el mando militar, que sabía perfectamente lo que se escondía en sus fuerzas coloniales, enfermedades masivas, desmoralización, miseria, corruptelas y barbarie contra la población, mayoritariamente independentista. La nación, más allá del estado monárquico, el gobierno, las instituciones y el pueblo, más allá de esto, decimos, la nación insistía en cometer de manera suicida los mismo errores una y otra vez, como si alguna maldición ignota y atávica nos obligara a ello. La pérdida del imperio colonial es el primero, la liquidación de los restos coloniales es el

segundo, los desastres de la guerra de África en 1909, y otros anteriores, le siguen, el pavoroso desastre de Annual lo culmina. El país se encuentra en absoluta decadencia, sus clases dirigentes han tocado suelo como tales. Orgullosas, ignorantes, fatuas, cobardes, incapaces, péridas, decadentes en suma, los grupos de poder civil y militar de la España de fin de siglo se merecen un eterno panteón a la más estúpida de las soberbias y de las ignorancias.



Embarque de soldados para Cuba. (Plumilla de la revista "La Ilustración")

Un ejemplo de todo esto que contamos y que ha pasado históricamente desapercibido, pero que nos va a indicar como se van encarar las sucesivas crisis, es el incidente de las Carolinas 1885, unas islas nominalmente españolas en el lejano Pacífico y de las cuales Alemania avisa va a tomar posesión al considerarlas abandonadas. Aspecto último que era totalmente cierto. En vez de aprovechar para solicitar una fuerte indemnización económica con grandes visos de conseguirse, la prensa y el gobierno montan en cólera y la corriente

belicista del pensamiento tradicional español hace hervir de fervor al gobierno que pretende enviar a las Carolinas todos los buques de que dispone en la zona. Afortunadamente las cosas vuelven a su cauce con la mediación del Vaticano, y la flota española en el Pacífico será destruida por la flota yanqui en 1898 y no por la imperial alemana en 1885.

A comienzos de 1895, los revolucionarios cubanos, que han tomado muy buena nota de la incompetencia militar española en África, reactivan la guerra de Cuba con gran éxito. El gobierno, alarmado, envía a su mejor general, ⁱⁱMartínez Campos que había conseguido la paz en 1878 (Paz de Zanjón), pero el viejo general no se siente ya con fuerzas para imponer las soluciones que le vienen a la cabeza, el internamiento de la población rural en campos controlados por el ejército como única manera de evitar el apoyo que le prestaban a los rebeldes, y así que pide el relevo. En su lugar se envía al general ⁱⁱⁱWeyler, un duro entre los duros. Su lema, el del gobierno y la prensa conservadora: "Cuba española hasta el último hombre y hasta la última peseta". En realidad se referían a los hijos de los pobres y a las pesetas del estado, no las suyas. Por cierto, Weyler tenía un genio endemoniado, quizá para compensar que era el general más bajito de todos los ejércitos del mundo.

Weyler se puso a la faena, lanzó un bando obligando a los campesinos a concentrarse en poblados determinados. Quien fuera encontrado fuera de ellos sería fusilado en el acto. La reconcentración fue un verdadero crimen, pues no contando el ejército con medios para su sostenimiento fueron dejados a su suerte (como hicieron los ingleses con las familias de los boers rebeldes en Sudáfrica y las yanquis en la de Vietnam). La medida no sirvió precisamente para aplacar la rebelión, sólo fue sangre, enfermedades, rabia y más rebelión. Weyler iba ganando la guerra militarmente, pero la opinión pública mundial iba tomando partido, y otros canallas, más allá de Florida, se frotaban las manos, esperando la oportunidad de quedarse con la perla de las Antillas. Nuestra Cuba.

El gobierno necesitaba pacificar urgentemente la isla pues las tensiones internacionales no auspiciaban nada bueno, pero para empeorar más la situación, en agosto del 96, estalló otra rebelión colonial, la de Filipinas, cuyo Capitán General, demasiado blando para el gobierno de Cánovas, partidario de la línea dura, fue sustituido por un militar más enérgico, ^{iv}Polavieja, quien como Weyler iba ganando la guerra, pero perdiendo la causa. Amén de ordenar el fusilamiento del poeta nacional filipino ^vJosé Rizal, un crimen imperdonable azuzado por las cuatro órdenes monacales que se repartían más de 170.000 hectáreas de las Filipinas. Finalmente, Polavieja dimitió tras denegársele refuerzos (a Cuba se mandaron 200.000 soldados, a Filipinas, con miles de islas, sólo 30.000) El nuevo Capitán General

Fernando Primo de Rivera, firme en lo militar pero flexible en el diálogo, alcanzó un acuerdo con los rebeldes en diciembre de 1897. Era la primera vez en toda la historia colonial que medidas de dialogo y de flexibilidad política aplicadas por un Capitán General (un virrey, en puridad) tenían éxito. El gobierno quiso hacer lo mismo en Cuba. Pero Cánovas cae asesinado en San Sebastián por un anarquista italiano con posible connotaciones con la resistencia cubana y Sagasta entra en el gobierno y lo primero que hace es destituir a Weyler con el que nunca se podría hacer lo que Primo de Rivera en Filipinas, pero es demasiado tarde, las posibilidades de paz se encuentran ya en el extranjero, concretamente en Estados Unidos, por mucha autonomía que Sagasta les diera a los cubanos.

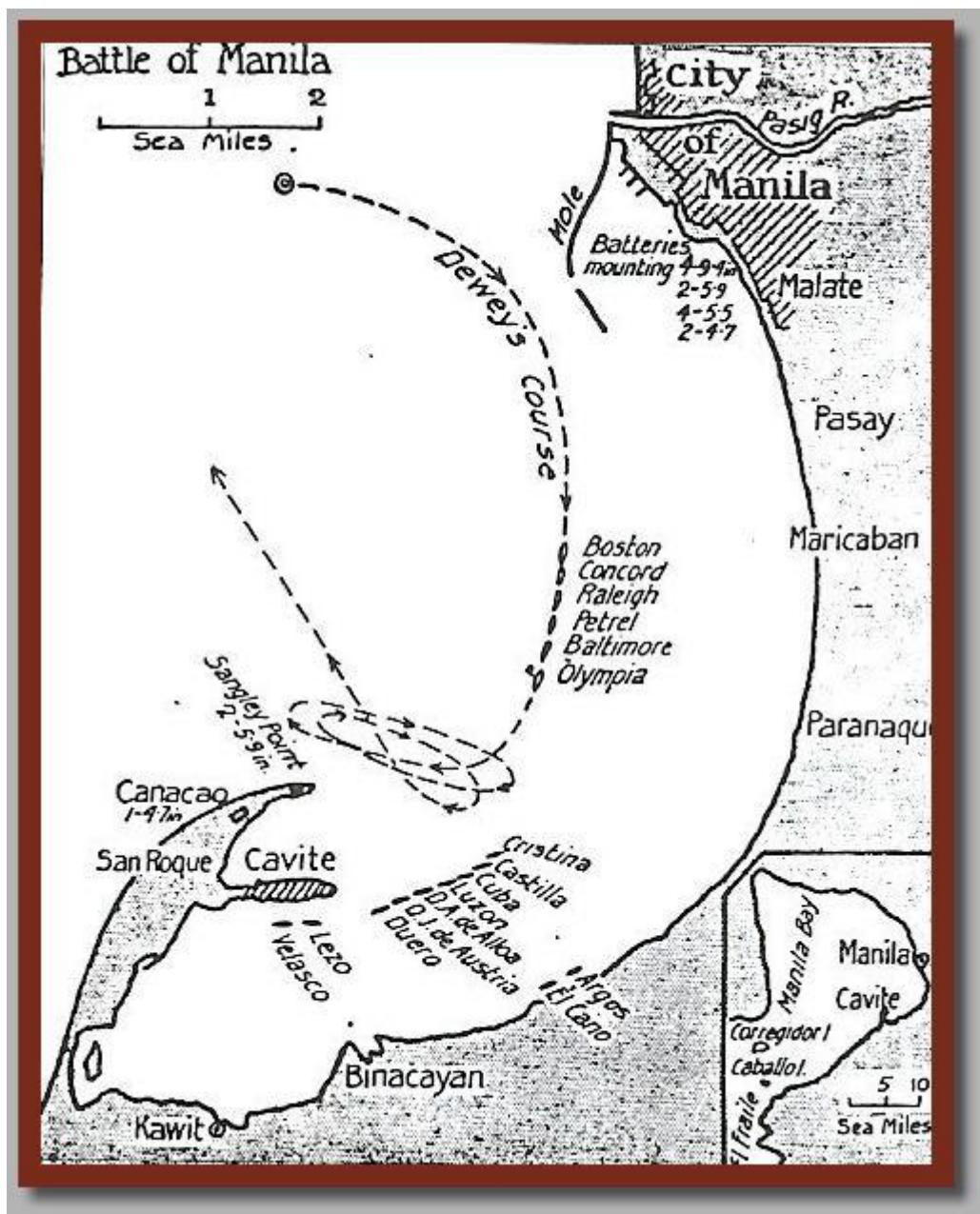
Con la entrada de 1898, y con la excusa de los altercados que se sucedían en la Habana, el gobierno norteamericano envía el famoso Maine con la cínica intención de encontrar un "casus belli".^{vi} El Maine vuela por los aires y el gobierno yanqui hace el paripé con su comisión investigadora con el resultado de todos sabidos, culpable, España. Sagasta emprende una loca carrera contra la guerra, amnistías, fin de las concentraciones, actividad diplomática. Pero España recoge lo que durante decenios había sembrado, estúpido y soberbio aislamiento.



Antonio Cánovas y el general Arsenio Martínez Campos.

Pese a una oferta de compra de la isla por 300 millones de dólares, el gobierno y la opinión pública se lanzan directamente al vacío, unos por no poseer la inteligencia suficiente

para negociaciones que impidieran la guerra y la derrota previsible, otros, exaltados, demandando la acción contra los "tocineros" yanquis. Es el colmo. Una vez declarada la guerra, los yanquis actúan con inteligencia, superiores navalmente, bloquean la isla con mayor o menor fortuna a la espera, como sucedió, de que la escuadra del "fiero león hispano" se les arroje como fruta madura para merendársela. Para los españoles se trataba de una guerra naval con largas distancias, había que ser muy inteligente para encontrar una estrategia realista para enfrentarse a la flexible y moderna flota yanqui. Desde luego, lo último era refugiarse en un puerto que era una encerrona cuando se cuenta con medios peores y menores. Pero así fue.



Cavite y la Bahía de Manila

Mientras, en Filipinas, en la bahía de Manila, en ^{vii}Cavite y por sorpresa, la flota española ni tan vieja ni tan pequeña como se nos ha hecho creer, es atacada por la flota yanqui del pacífico a primeros de mayo. En el primer envite de esta batalla la flota americana no consigue hundir ninguno de nuestros barcos, tenían muy mala puntería. El comodoro Dewey al mando yanqui se retira luego de dos horas de cañoneo. Todos los buques españoles están tocados, algunos más que otros, pero todos pueden continuar el combate. Hay 161 muertos y 210 heridos, el 20% de la dotación. Los yanquis tienen 25 muertos y 50 heridos (pero lo ocultaron) han disparado más de cinco mil proyectiles pero sólo acertaron 139. Los españoles han tenido mejor puntería pero han disparado muchos menos y en general de menor calibre. Pese a todo, el estado de la flota española es calamitoso, y el almirante Montojo da la batalla por perdida y ordena hundir los barcos para salvar las tripulaciones. Al ver las explosiones, Dewey vuelve y remata "heroicamente" la faena, aunque nadie le responde ya al fuego. Así ganó Dewey, por sorpresa, con superioridad armamentística y tecnológica, y con la ayuda de la ineficaz administración militar española, que tenía minas pero no espoletas, que tenía cañones de costa pero no funcionaban. Es el primer acto del desastre.



Cuadro que representa el combate de Cavite (Museo Naval)

En el otro frente, el vicealmirante ^{viii}Cervera llega a ^{ix}Santiago de Cuba y fondea a la espera del choque. Parece mentira que Cervera no hubiera tratado de salvar la flota evitando

Santiago y con un plan de operaciones de hostigamiento en mar abierto que evitara el enfrentamiento general. Pero Cervera ya viene con plomo en las alas, pues partidario de haber dejado la flota en la metrópoli (sabía que esto iba a acabar así) asume un fatalismo muy español que consiste en morir matando. Resumiendo, la disposición es la peor que se le podía ocurrir al mando español. La diferencia tecnológica no justifica tamaño desastre y diferencia de bajas. Es la decisión del gobierno y del mando de ser sacrificados lo que lleva al segundo desastre naval. Era la mañana del tres de julio, la flota sale del puerto donde le están esperando y es completamente destruida. Aquí no es como en Cavite, la superioridad enemiga es abrumadora. Los españoles, valor a mansalva, cabeza y medios, pocos.

En el aspecto terrestre, los yanquis son más sutiles, desembarcan en la otra punta de la isla (Santiago), dónde la fuerzas españolas son minoritarias y pese a la peor calidad del armamento ligero yanqui (las fuerzas españolas iban armadas casi al completo del excelente mauser español) avanzan gracias a su superioridad en hombres y artillería pese a buenos sustos como en la Loma de San Juan, donde un batallón español hizo morder el polvo a más de tres mil yanquis. Pero todo es inútil, cae Santiago, la desmoralización es general. El 12 de julio se inician las negociaciones para la rendición. En Filipinas sucede lo mismo a pesar de actos de puro heroísmo como los sitiados del Baler. A mediados de julio se inician las negociaciones que culminan con el tratado de Paris, donde una solitaria España, y ante la indiferencia internacional vuelve a ser humillada (los españoles no hemos nacido para los tratados, al parecer). El gobierno encontró una salida a la crisis, la derrota cuanto antes y cuanto más dura mejor, a firmar la capitulación inmediatamente para evitar posibles aventuras aún más peligrosas. Y el ejército, en estado de choque, apenas tiene fuerzas para soliviantarse, la bofetada ha sido tan tremenda y tan rápida, que nadie va a sacar conclusiones correctas. Es lo de siempre, que valientes somos, si hubiéramos tenido medios... Nada más falso si se examina la situación de la fuerza armada española. El ejército en sí mismo y sus mandos coloniales no son los principales responsables del desastre, como tales, es la administración militar, sanidad incluida ⁽¹⁰⁾, con el desorden, desidia y fallos

¹⁰ Un ejemplo palmario de esto es la constatación de que los americanos acabaron con la malaria endémica cubana a los pocos meses de su ocupación. Se limitaron a leer los trabajos de un médico hispano-cubano, el doctor Carlos Finlay que había descubierto el agente transmisor, un mosquito, y por consiguiente, ordenaron desecar lagunas, estancar todos los depósitos de agua y embrear todas las charcas. Salvaron la vida de millares de soldados y civiles. A la sanidad militar española ni se le pasó por la cabeza hacer caso al Dr. Finlay, al que probablemente tomaron por loco, pese a los miles de muertos que esta enfermedad les producía.

repetidos que reinan en la estructura misma del ejército lo que le hacen incapaz de mantener una campaña, que no de luchar y morir. Pero a la hora de las responsabilidades, el gobierno y el ejército se señalan mutuamente. Ninguno aprende nada.

Pero lo peor estaba por venir, es cuando regresan los soldados supervivientes, cuando la población expresa su ira. El espectáculo es dantesco, las condiciones de los llegados son tan lamentables que la opinión pública ruge de antimilitarismo. Aquí es dónde está el problema militar español. Mandar a los hijos de los pobres a morir para nada. De los muertos de los soldados españoles en Cuba, 60.000, sólo 2500 fueron en combate, el resto por enfermedad, desnutrición y otros males de la tropa. Y los que vuelven, muy pocos, son auténticos espectros andantes, de los que millares morirían en los meses siguientes. El rencor de la población al ejército es terrible. ¡No más aventuras militares!

Las guerras de África en la España alfonsina.

El reinado de Alfonso XIII no solucionó en absoluto los problemas políticos y sociales del país. La sociedad estaba en profunda crisis tras la pérdida de las últimas colonias, y el ejército cayó en un injustificado victimismo agravándose la tendencia a comportarse como fuerza policial garante del orden público. La monarquía alfonsina fue desastrosa para la nación, pero en su seno las fuerzas obreras y republicanas encontraron el lugar que les correspondía: la enunciación de las reformas que la nación necesitaba desde el siglo anterior.

La población se encontraba amiseriada, ignorante y desprotegida socialmente. La distancia entre las clases dirigentes y las populares era lumínica, y la pequeña clase media española era muy conservadora y temerosa de los estallidos sociales que periódicamente sacudían a la sociedad española y que siempre llevaban la misma pauta: Huelgas revolucionarias, intervención del ejército, violencia y muertes, ejecuciones, presidios y represión de las organizaciones obreras. Los trabajadores se encontraban desesperados, pero habían ya voces esperanzadoras, se creaban sindicatos, nacían partidos obreros y publicaciones, se gestaban las organizaciones de la clase trabajadora y el pensamiento republicano germinaba con fuerza entre la pequeña burguesía ilustrada y la también naciente clase media progresista urbana. Era la constatación de que la gran burguesía liberal había sido incapaz de llevar a cabo las profundas reformas que el país necesitaba. Como clase había perdido su oportunidad, y otras clases, medias y proletarias tomaban el relevo con fuerza mayor.

Una nueva aventura colonialista iba a agudizar más todavía la desesperación de la población. El reparto europeo del Norte de África se recibió como una bendición en el técnicamente atrasado ejército español (los ascensos), y como una maldición en la población más desprotegida, que era quien tenía que formar las levas para la tropa que allí luchaba. A las penurias de la vida cotidiana, los trabajadores tenían nuevamente que aportar sus hijos para defender unas plazas y ampliar el territorio en una guerra que venía sucediéndose con altibajos desde 1860 y que había sido motivo de la Semana Trágica de 1909, donde a la explosión de rabia popular por injustas levas para la odiada guerra de Marruecos se opuso la más dura represión hasta entonces conocida por parte del ejército, con la dolorosa inclusión de señaladas víctimas progresistas, como Ferrer Guardia, fusilado a iniciativa eclesiástica bajo falsas acusaciones, simplemente porque su Escuela Moderna y su pedagogía libre amenazaba el monopolio de la enseñanza católica. La semana trágica creó unas tensiones terribles que nunca se olvidaron y su importancia crítica es pareja a la de la revolución de octubre con patrones de actuación y consecuencias similares, alzamiento popular localizado, intervención durísima de ejército, represión posterior despiadada, retramiento de la izquierda y encanallamiento social.

En la España alfonsina estaban cuajando modos sociales de convivir demoledores. El primero, la aceptación social de la violencia como forma de actuación política, el segundo, la acerada decisión de las oligarquías a no ceder en cuestiones sociales ni un ápice, tomada como columna vertebral de su ideario político. Otra más la actuación del ejército como fuerza policial en conflictos sociales con sus armas de guerra, fusiles, ametralladoras y cañones, como algo normal en cuestiones de orden público. Y para finalizar, la conclusión de las fuerzas trabajadoras radicales de que para cambiar algo, por poco que fuera, había que dinamitar primero el Estado. Aquel Estado tan despiadado que nunca cedía a las legítimas reivindicaciones de un proletariado que llevaba decenios en el límite de la supervivencia, contemplando impotentes la odiosa actuación de terratenientes, banqueros, industriales, eclesiásticos y militares, completamente insensibles a los sufrimientos de las clases desposeídas.

Puede decirse que las dos primeras pautas señaladas eran tradicionales en la convivencia española, y son las otras dos las que nacen al parir de la creciente organización progresista y obrera ocupando el lugar de las antiguas revueltas liberales, sustentadas que fueron por espaldones y algunas otras fuerzas más populares. Este fenómeno de radicalización de la lucha política basado en la entrada en juego de las masas obreras era el aviso y el inicio de

acciones políticas más radicales dónde las crisis no se resolvían jamás aplazando una y otra vez las demandas populares mientras se incrementaban las fuerzas y la violencia con que se demandaban. La Huelga General de 1917 es un claro ejemplo de esto, donde las masas obreras fueron violentamente reprimidas por el ejército, y dónde, además, el ejército quedó convencido para siempre de su indiscutible papel como árbitro de la política nacional. Y no se trataba ya del inspirado espaldón de turno, ahora era cosa de la Institución, con todas sus armas y bagajes.

Al inicio de la década de los veinte, la monarquía decide acelerar el control militar de la zona del norte de África que por los tratados internacionales nos correspondía. Se trataba de una zona de escaso valor económico (algunas minas), poblado por ochocientos mil yebalies y rifeños agrupados en cabilas (tribus) prácticamente semi-independientes del sultán de Marruecos y que los españoles habían organizado militarmente en dos comandancias generales, Ceuta y Melilla. Eran por entonces Alto Comisario el general Berenguer (en Ceuta) y comandante de Melilla el general Silvestre, un valiente soldado de caballería y en verdad nuestro particular Custer. Las comandancias controlaban poco más que los alrededores de las ciudades y el verdadero control se hacía mediante altos oficiales de la Policía indígena (¹¹) que compraban las fidelidades cabileñas a base de montones de duros de plata. En Ceuta, Berenguer que no soportaba a su emulo en Melilla, Silvestre, mucho más brillante, se encontraba enzarzado en escaramuzas contra el líder local El Raisuni y competía con Silvestre pese a ser su superior. Silvestre, en Melilla, parece que recibió indicaciones reales para alcanzar el corazón del Rif y ocupar todo el territorio de la Comandancia General de Melilla. Las fuerzas de Silvestre eran pocas y malas. El avance se hizo poniendo en vanguardia a las tropas indígenas mientras las "mías" (¹²) de la Policía indígena ejercían labores de aseguramiento del territorio. El avance era incruento y ficticio, los duros de plata y la tropa nativa lo permitían y nada hacía esperar al mando dificultades de ningún tipo, más, en un optimista de buena estrella como era Silvestre. Pero aquel año y los anteriores habían pasado cosas importantes en el Rif. La sequía era extrema, la población rifeña estaba pasando hambre y la ayuda española era ínfima. Para más inri ocurrieron episodios trágicos cuando

¹¹ Los esforzados coroneles Jordana, Morales y otros que pacientemente habían creado un sistema de alianzas y un ejército colonial indígena que eran las verdaderas fuerzas militares en presencia.

¹² Compañías de la Policía indígena.

oficiales de la policía indígena se implicaron en robos sanguinarios que soliviantaron a la población. Además, especuladores peninsulares habían arrebatado, en años anteriores, sus tierras en la zona de Monte Arruit a cabilas enteras a precios irrisorios y para colmo, la mano de obra de la zona era europea, con lo que la miseria de estas cabilas era puramente dramática. Y para terminar, miembros notables de la influyente familia de los Abd-el-Krim en la cabilo de los Beni-Urriagel (¹³), la más importante de la zona con 9.000 hombres armados, habían sido humillados por las autoridades españolas sin ninguna necesidad. Las tribus del Rif vieron la irrupción de Silvestre en el corazón de su territorio como un desafío, y además, el mando español consideró que había terminado la fase de conquista monetaria y empezaba la conquista militar. Si las cabilas perdían sus fuentes de ingresos, el estatus, naturalmente se romería. Y así fue.

En mayo de 1920 Silvestre avanzó en una línea de posiciones que iban de norte a sur, desde la posición costera de Sidi-Dris hasta el Zoco El Telya cerca ya de la línea de demarcación con la zona francesa. Solo tuvo resistencia en algunas posiciones, como la de Taffersit dónde Silvestre, para tomarla, cargó con grave riesgo de sus fuerzas. Pero le salió bien. En enero de 1921 recaló en Annual con el grueso de sus tropas. Dispuso su campamento en la hondonada de Annual que no era precisamente el mejor sitio, con un importante monte a su espalda, el Izummar que le dificultaba las comunicaciones. En marzo estableció una nueva posición a su derecha, cerca de la costa, Sidi-Dris. La disposición estratégica era mala, tenía a sus fuerzas muy diseminadas, las unidades muy fragmentadas, unas comunicaciones pésimas, y una losa sobre casi todas las posiciones, que se repetiría una y otra vez, las dificultades del aprovisionamiento de agua. La retaguardia de Silvestre estaba cubierta por decenas de pequeños destacamentos y varios fuertes y bases de aprovisionamiento, como Dar Drius, El Batel y Monte Arruit que jalonaban la única vía no costera (esta era aún más difícil) que conducía a Melilla a través de un rodeo que obviaba las montañas y comunicaba los pozos de agua. Desde las cercanías de El Batel existía una vía férrea hasta Melilla pasando por Zeluan y Nador.

¹³ De esta familia saldrían los dos líderes indiscutibles de la efímera Republica del Rif, Mohamed Abd-el-Krim y su hermano Hamed Abd-el-Krim.

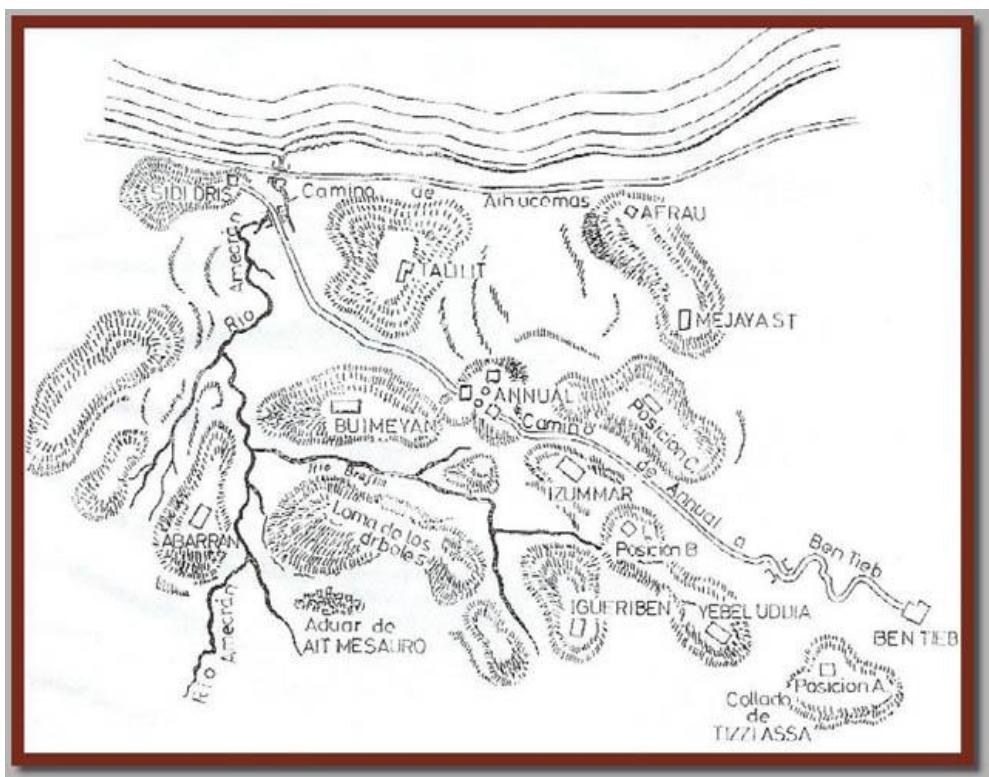
Las unidades en retaguardia se comunicaban mediante enlaces con los denominados coches rápidos (¹⁴) y Heliógrafos (espejos solares). La mayoría de los puestos defensivos no tenían agua cerca y la aguada era una tarea dura y tras la rebelión, sangrienta y determinante de la capacidad de resistencia. Las municiones también fueron determinantes, pues cartuchos de fusilería y cargas de artillería escasearon siempre en el África alfonsina, aunque adquirirse se adquirían, si bien, una importante parte del destino de los fusiles y sus municiones terminaban siempre en manos de los rifeños, bien por donación oficial a las tribus aliadas o simplemente porque oficiales, suboficiales y soldados se las vendían a los rifeños clandestina pero descaradamente para paliar la miseria cotidiana. Era un suicidio, más con el historial de desastres que tenía el ejército Español en África desde 1860, era vox populi, pero a nadie parecía importarle un pimiento en aquella campaña de mentirijillas del invierno y primavera de 1921. Como decimos, las posiciones en la retaguardia de Silvestre parecían asegurar el territorio pese a las malas comunicaciones, las dificultades de aprovisionamiento, la desmoralización de la tropa, y lo peor, la escasa fiabilidad de las cabilas que habían quedado en retaguardia.

Los rifeños, los mejores soldados de África junto con los eritreos, podían poner en pie de guerra más de 20.000 fusiles, no necesitaban escalón de retaguardia ni tren de suministros, sus mujeres e hijos servían a este propósito. De momento, las cabilas se encontraban sin mando e incluso enemistadas, las tres principales eran los citados Beni-Urriagel en la zona de Alhucemas, los Bocoya más al sur y los Temsaman. Este pueblo-ejército tenía una fuerza militar muy superior a lo que aparentaba, más en la tierra de los 101 barrancos, donde 500 lugareños podían tener en jaque al cuádruplo de soldados regulares.

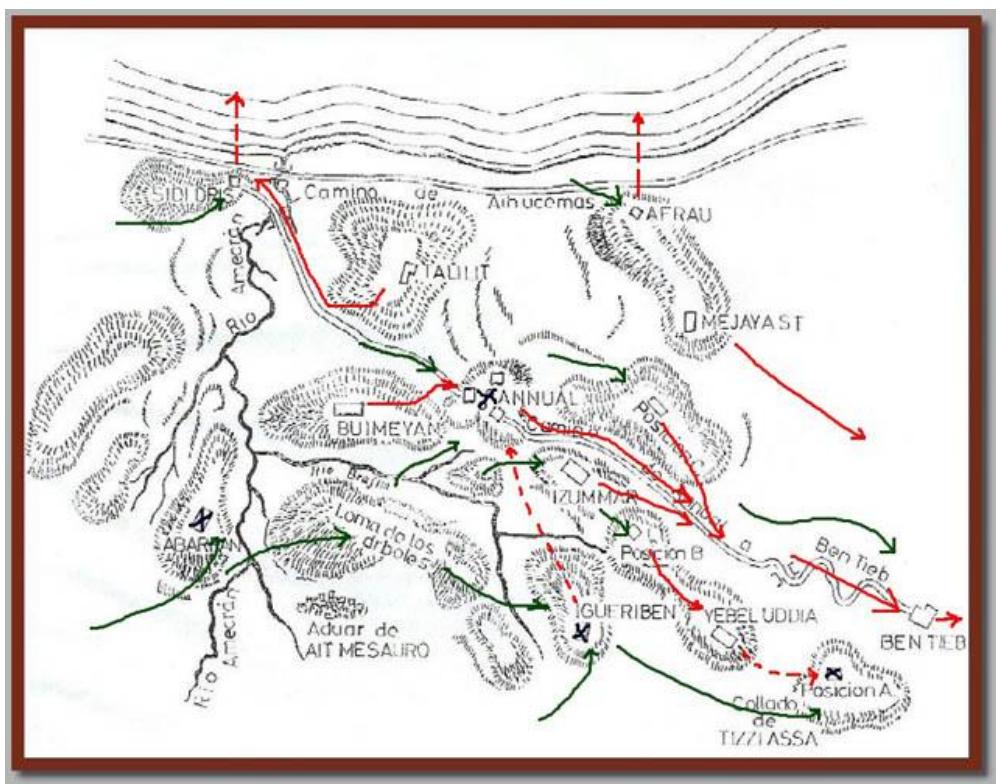
Silvestre contaba con un poco más de 24.000 hombres en toda la comandancia de Melilla de los que una parte eran indígenas (unos 3.000) y otra, importante, eran soldados en destinos burocráticos (6.000), 10.000 cubrían los distintos destacamentos que protegían la retaguardia. Del resto unos 7.000, parte los tenía concentrados en Annual y el resto diseminados en las posiciones de los alrededores.

¹⁴ La historia de estos coches rápidos del ejército colonial era increíble. Las familias con recursos compraban el coche (Un Ford de 20 HP de unas 3000 pesetas de la época) y se lo entregaban al ejército a cambio de que fuera nombrado conductor el hijo que cumplía el servicio en África. Pero más insólito todavía, era que los chóferes podían llevar un asistente de su elección, que suponemos era el que hacía el trabajo realmente. Ejército español, África 1921. Así eran las cosas.

Silvestre necesitaba un anillo defensivo alrededor de Annual y para ello ocupó el 1 de junio una posición a su frente, el monte Abarrán, donde el incompetente comandante Villar que mandaba la columna dejó un destacamento mal fortificado, en el sitio menos defendible de la altura, y con dificultades para el aprovisionamiento diario de agua (la aguada en términos militares). Nada más que la columna de protección de Villar abandonó la posición, una harka de más de 3000 moros que se encontraba a la expectativa se lanzó al asalto. El comandante Villar hizo caso omiso de los disparos y aceleró el paso dejando a la pequeña guarnición a su suerte. La posición se perdió a las pocas horas y la noticia corrió como la pólvora en Annual no contribuyendo precisamente a levantar la moral. Lo más sorprendente de esta desventurada acción es que la columna del comandante Villar llevaba 10.000 cartuchos Remington para la harka supuestamente amiga que aniquiló la posición. Como decimos, Silvestre y su segundo, el general Navarro, no le hacían mucho caso, al jefe de la Policía indígena, el coronel Morales, que fue de los pocos jefes que supo morir con honor en el paso del Izumar.



El campamento de Annual y sus posiciones defensivas.



En rojo el repliegue español y en verde los ataques rifeños

*Abarrán no hizo comprender a Silvestre en el avispero en que se había metido. Aunque sí le afectó en su ánimo, pero él necesitaba consolidar las posiciones a las que tan fácilmente había llegado antes de iniciar otros movimientos. No pudo instalarse en la estratégica Loma de los Árboles pero sí ocupó otra posición en su flanco izquierdo, denominada Igueriben. Después marchó para entrevistarse con su superior, el Alto Comisario general Berenguer en solicitud de refuerzos, municiones, víveres para la población y dinero para comprar voluntades, antes de iniciar la ofensiva final, que él, y todos (menos los verdaderos expertos en la zona como Morales, jefe de la policía indígena), consideraban sería tan incruenta como la llegada a las posiciones que en la actualidad ocupaban. Lo dicho, Abarrán no les enseñó nada, así que Igueriben fue el principio del fin.

Inmediatamente, la harka que ocupaba posiciones próximas a la posición comenzó a hostilizar en toda la línea del frente. La posición estratégica de Igueriben era muy mala al estar dominada por la Loma de Árboles que los españoles no habíamos podido tomar. Para colmo la aguada estaba a cuatro kilómetros y a los pocos días los convoyes de abastecimiento se hacen imposibles pese a actos de heroísmo, como el convoy del capitán Cebollino. Lo único que destacaba en Igueriben era su comandante, Julio Benítez, un militar de cuajo que, por contra de otros muchos, sabe muy bien cuál es el comportamiento de un

militar profesional en momentos de apuro. Y así lo demostrará. Entre los días 17 y 19 de julio se intentan nuevos aprovisionamientos, pero todos fallan. El 21 los moros inician el ataque definitivo. Sin municiones ni agua, Silvestre autoriza a Benítez a parlamentar con el enemigo, pero Benítez, que sabe lo que hay, le manda a paseo. Silvestre le ordena entonces la evacuación de la posición. Benítez y sus oficiales, como los centuriones de aquella legión de Cesar en las Galias, se quedan para dar una oportunidad a los soldados. Todos los oficiales mueren excepto uno, que quedará prisionero. A Annual llegarán un sargento y diez soldados, cuatro de ellos morirán en las horas siguientes al atracarse de agua. Nadie se lo impidió.

Era el momento de evacuar ordenadamente el frente de Annual y replegarse a los fuertes de la segunda línea hasta formar una fuerte resistencia alrededor de Ben Tieb y Dar-Drius, posición, esta última, que reunía las características para albergar gran cantidad de tropa y con la aguada muy fácil. Pero Silvestre entra en crisis y con él sus oficiales. Su segundo, el general Navarro, está en Melilla. La autoridad se pierde y con ella el mando. La tropa lo detecta y comienza un gran nerviosismo que los oficiales no solo no cortan de raíz, sino que lo transmiten aún más, pues muchos de ellos escapan en sus coches rápidos, a caballo y con viles excusas. Otros, más enteros, se muestran serenos controlando sus tropas. Las harkas, pues ya son varias, cargan contra Annual y todas las posiciones circundantes. Silvestre autoriza la retirada, pero ya es tarde, no se trata de una retirada, es simplemente una estampida de miedo. Solo los mejores oficiales y soldados aguantaron con temple con la pretensión heroica de permitir la retirada (los hombres del coronel Manera), pero todo fue inútil, huida a la carrera, sin respetar a los heridos, sálvese el que pueda, festival de la cobardía. Comprensible en los soldados que estaban allí a la fuerza, pero los cobardes oficiales que pusieron pies en polvorosa, fueron responsables de la muerte de todos sus hombres.

Las noticias vuelan y los puestos a retaguardia salvo excepciones se repliegan con vanas excusas tipo "si no recibo órdenes en los próximos 5 minutos, nos replegaremos", ¿de quién las iban a recibir? Una de las mayores cobardías fue la del mando de la posición de Izummar, donde era vital la permanencia para asegurar la retirada, pero sus oficiales toman la decisión de abandonarla sin disparar un sólo tiro, pues "no vieron enemigo contra quien disparar". Naturalmente, los moros tomaron las alturas que dominaban el barranco por donde discurría la pista y masacraron a todo bicho viviente que por allí pasó. Allí cayeron bravos oficiales y soldados, los coroneles, Morales y Manella que venían los últimos y que se replegaban combatiendo y ordenadamente para permitir la retirada de la columna. Pero la estampida no

se detuvo en Ben Tieb. La desorganizada masa, oficiales incluidos, no atendió a razones y siguió hasta Dar-Drius. El comandante de Ben Tieb, después de requerir a los jefes en retirada para que le dejaran las unidades más enteras con el fin de resistir y taponar la brecha, y viendo el caso omiso que le hizo el teniente coronel del regimiento Ceriñola, y teniendo en cuenta los heridos de los que era responsable, organizó la evacuación. La perdida de Ben Tieb, con todos sus suministros, fue clave para la avalancha mora, al hacer indefendible todo el centro del dispositivo de Silvestre. El comandante de Ben Tieb, sin ser posible acusarle de cobardía, cometió un error imperdonable, abrió las puertas de la llanura del Kert, el camino natural hacia Melilla. Su obligación era resistir hasta el último hombre y la última bala para salvar al ejército (lo que quedaba de él).

Navarro, llegado desde Melilla, se hace cargo de las tropas que mal que bien han llegado a Dar Drius. Tiene 3.000 hombres, agua, municiones y 15 cañones, el fuerte es relativamente sólido y se presta para la defensa. Pero no lo hará. El 23, a mediodía, reúne a sus hombres, organiza el dispositivo de retirada y se larga. ¿Por qué? Parece que la tropa y sus mandos estaban completamente desmoralizados, muchos en estado de choque. No había voluntad de resistencia. Los mejores ya estaban muertos. El objetivo, Batel, a poca distancia de la terminal de ferrocarril de Tistutin. Pero la marcha precipitada de algunos oficiales, como en Annual, provocó otra estampida de la tropa. Al llegar la tropa al Igan (un río medio seco), se encuentran con que la otra orilla está ocupada por los moros y no se puede pasar. Es entonces cuando lo que queda del Regimiento de caballería nº 14, Alcántara, se cubrirá de gloria al mando de su segundo jefe, el teniente coronel Fernando Primo de Rivera (¹⁵). Los escuadrones cargan para desalojar a los moros de la orilla opuesta dispersándoles con gran arrojo. La columna pasa entonces mientras el Alcantará cubre la retirada cargando una y otra vez hasta casi su extinción en el crepúsculo del 23, pero el objetivo se cumple y Navarro llega a Batel, dónde es imposible defenderse, además, el ferrocarril no funciona (¹⁶), y durante los dos kilómetros que separan Batel de Tistutin los españoles son despiadadamente tiroteados. En Tistutin, Navarro aguanta varios días, pero en peor situación militar, que en Dar Drius, quizás esperando un tren salvador. Pero eso era imposible, su retaguardia, Nador y Zeluan se

¹⁵ EL comandante del Alcántara, coronel Manella ya había muerto peleando en el barranco de Izumar junto con el coronel Morales jefe de la policía indígena que mayoritariamente se había pasado al enemigo y que tuvo importancia decisiva en la pérdida de muchas posiciones fortificadas.

¹⁶ El último ya había salido cargado de fugitivos.

encontraban en los mismos o peores apuros que los desmoralizados restos del ejército de Silvestre.



El teniente coronel Fernando Primo de Rivera al frente de sus hombres del regimiento de caballería Alcántara en el paso del Igan. La única unidad de caballería europea en la comandancia de Melilla, salvó lo que quedaba del ejército, hasta Monte Arruit. El precio: a la citada posición llegaron su comandante accidental y 60 hombres y 20 caballos.

El 28 se recibe un mensaje del Alto Comisario que ordena a Navarro se repliegue a Monte Arruit posición a la que Berenguer considera más fácil socorrer, pero que tenía mucho peor disposición defensiva que Dar-Drius. Mientras tanto, todas las guarniciones han ido cayendo en manos de los moros, con el mismo resultado, matanzas y más matanzas. Mucha cobardía y algunos actos heroicos de mandos, soldados y guardias civiles con temple. Es de notar el caso de los defensores del poblado de Nador en la costa del Mar Chica de insuficiente calado para buques, todo lo más barcas de vela. Desde el 24 de julio hasta el 2 de agosto la resistencia es numantina pero el agua y las municiones se les agotan a los encerrados en la fábrica de harinas dónde se habían hecho fuertes. Autorizados a parlamentar, se rinden a los moros que prometen respetar sus vidas. Será la única vez que estos respetan su palabra,

dejando a los supervivientes regresar a Melilla que distaba pocos kilómetros. No ocurre lo mismo con los colonos del poblado, a los que masacran.

Nos encontramos ahora con el último acto de la tragedia. Monte Arruit. Allí han llegado el 29, todas las tropas que se han podido salvar de Annual y de todas las posiciones intermedias con supervivientes. Navarro cuenta con 3017 hombres justos. La posición no sirve para tanta gente. Pero queda la esperanza del socorro temprano. Pero lo que ocurre es que la artillería mora, que ha poco era española, les castiga con puntería certera, los rifeños aprenden pronto. El socorro no llega, los aviones tampoco, menos de media docena para aprovisionar el fuerte. ¡Ridículo! Y la maquinaria administrativa del ejército incapaz de movilizar fuerzas, flota, pertrechos, nada. Y eso que han llegado refuerzos a Melilla, pero el mando prohíbe toda aventura. Monte Arruit se convertirá en un inmenso cementerio al aire libre y donde se repite la tragedia: el Alto Comisario autoriza parlamentar. ¡Ya hay que ser estúpido, con lo que había caído!, los moros matarían a todo quisque excepto aquellos de quienes se esperase sacar rescate. O sea jefes y altos mandos. A la tropa que la zurzan. El 9 de agosto Navarro se rinde con la promesa de respetar la vida de la tropa. No se lo cree ni él. Qué cara se les quedaría cuando los moros separaron a los jefes de sus soldados y comenzaron a degollar a los desarmados soldados, muchos de ellos heridos y enfermos, y la mayoría formados ya sin armas. Vaya jefes que no supieron morir matando hasta la última bala como el comandante Benítez en Igueriben. ¡Que desprecio! Carne de gallina a la que hubo que rescatar. Ya no quedaba tropa española más allá de Melilla si exceptuamos sus espectros. 10.000 cadáveres bárbaramente mutilados secándose al sol ignominioso de aquel Rif.

Este desastre que enlaza con el desastre del 98, con el intermedio de la Semana Trágica, ha colmado la paciencia de los españoles. Todo va a cambiar a partir de aquí. Se están poniendo los cimientos de lo que será la próxima guerra civil. Tapar las responsabilidades de Annual (¹⁷) abrió las puertas a la dictadura de Primo de Rivera, pero la dictadura, que resolvió la guerra de África, mal y tarde, pero la resolvió, había creado una casta militar incontrolable, la casta africanista de militares curtidos en la salvaje reconquista de los territorios perdidos en 1921, y sustentada en la creación de unidades de mercenarios y agrupada en el espíritu

¹⁷ La investigación militar de lo sucedido, el expediente Picasso, ponía en peligro muy altas cabezas, desde el mismo Alto Comisario, hasta la propia Corona. A Picasso se le prohibió investigar al alto mando, Silvestre, Berenguer y el Ministro. Pero si había alguna responsabilidad con certeza, desde luego empezaban ahí.

de cuerpo del ejército de África, un ejército cuajado de oficiales insolentes, que anhelaban ser ascendidos, que suspiraban por salir en la prensa patriótica y que decían resolver todos sus problemas con huevos, como muy bien sabía Primo de Rivera, que exigían ascensos y méritos sin ningún decoro porque habían derrotado, tras 10 años de dura lucha a un país pobre, seco, mal armado y alimentado, que tuvo un sueño anticolonial que fue muy bonito mientras duró pero que le sentaría a España como un tiro y nunca mejor dicho. Esta era la casta Africanista que no estaba dispuesta a rebajar sus pretensiones ni un ápice, que tenía ambiciones personales desmesuradas, y que amenazaba con romper el pacto político-militar que había mantenido España sin pronunciamientos. Eran pretorianos, soldados profesionales que se consideraban por encima del estado, con derecho a eliminar todo lo que consideraran un peligro para su concepción de España. Además, decenios de supuestas humillaciones de los políticos y de la prensa contra el ejército, decenios de justificadísimo antimilitarismo, les azuzaban: "Los desastres de las armas españolas eran siempre culpa de los elementos civiles y políticos como lo demostraban los numerosos actos de heroísmo de la milicia", decían. La vergüenza de los desastres militares que desde el siglo anterior venían sacudiendo a la sociedad española, no les hacía humildes y deseosos de encontrar soluciones al endémico problema militar español, al revés, les hacía insolentes, agresivos y desleales. Todo lo contrario de lo que el ejército necesitaba. La caída de Alfonso XIII y la agitada vida política de la II Republica les dio sus mejores excusas y su mejor oportunidad. Y la aprovecharon.

Penúltimo acto, la dictadura de Primo de Rivera.

Desde la restauración en 1875 y salvo el pronunciamiento republicano de Villacampa, no se habían producido asonadas militares. Esto no debe analizarse a la ligera, el ejército seguía siendo el árbitro definitivo de la política española y su influencia se hacía sentir de otros modos. Los políticos podían gobernar siempre y cuando no tocaran al sacrosanto ejército. Pero la idea del pronunciamiento era renuente, estaba continuamente saliendo a la superficie. Era un chantaje permanente que pesaba como una losa sobre todo gobierno y presupuesto. De modo que los generales tenían automáticamente un escaño en el Senado, los ministros de la Guerra eran siempre militares y el presupuesto militar era intocable. A todo esto había que añadir su mejor valedor, el monarca, un rey que gustaba de jugar a los soldaditos. De hecho, Alfonso XIII se consideraba a sí mismo como comandante en jefe, Constitución aparte.

La estructura militar apenas había evolucionado con la sociedad que le pagaba. Oficiales aristócratas en la caballería y en las armas técnicas (Artillería, ingenieros y Estado Mayor) y una masa mal pagada de oficiales de infantería provenientes de las clases medias, muchos de

ellos de las más modestas. Esto explica la importancia que tenía para oficiales modestos, los ascensos condecoraciones y méritos, y por ende, la guerra de África, que era la peligrosa tómbola donde estos premios tocaban.

Así que la reforma militar pasaba siempre por la reducción de la henchida burocracia española. Y claro, los menos pudientes (infantería) la rechazaban abogando por el ascenso por méritos de guerra, mientras los otros cuerpos, artillería e ingenieros, se preciaban de rechazar todos los ascensos que no fueran por mera antigüedad. En 1917 nacen las Juntas de Defensa, especial sindicato militar corporativista de una masa de oficiales mal pagados, y que influiría decisivamente en la política militar y en otros importantes aspectos políticos de la España alfonsina. Alfonso XIII que inicialmente quiso aprovecharse de este movimiento de oficiales, acabó por repudiarles. Las juntas terminaron siendo manipuladas por los políticos y sus fines fueron subvertidos por los ministros de turno. Además, la guerra de África, hacía emerger otro tipo de oficiales, oficiales en campaña, por contra de los oficiales de guarnición. La crisis de Annual, cuyos mecanismos de generación eran en el fondo los mismos que los anteriores desastres militares españoles, ministros de la guerra sin presupuesto ni ganas y burocracia y administración militar incapaz de soportar ninguna campaña en ninguna parte, y el expediente Picasso (general que hizo de fiscal militar en la investigación de los sucesos militares del verano de 1921) que estaba amenazando al alto mando, al ministro y a la propia corona, propiciaron la pérdida del orden constitucional y parlamentario.

En septiembre de 1923, el general Primo de Rivera, un campechano espadón a la sombra del monarca protagoniza el primer pronunciamiento en muchos años. El ejército no se pronunció como tal en masa, pero tampoco se opuso. Un general benevolente con las juntas (los generales no querían ni oír hablar de las Juntas de Defensa) había asumido, por fin, el rol más tradicional de los generales españoles, el golpe militar. Primo de Rivera fue muy afortunado en los primeros años de su consulado. Tras un inicio represivo y duro, comenzó a coquetear con la UGT y algunos líderes socialistas y se lanzó, sin programa y sin partidarios, a lo que él entendía tenía que ser España, su España. Primero la paz interna, leyes sociales paternalistas que aflojaron un poco el dogal con que se sujetaba al proletariado, con la colaboración de la UGT y de algunos líderes obreros, como Largo Caballero (¹⁸), mano dura

¹⁸ La UGT hizo de sindicato vertical pasando a controlar la maquinaria de arbitraje laboral, y Largo Caballero fue nombrado Consejero de Estado y juró el cargo sin corbata. En el fondo, sólo era "pablimo", (de Pablo

con los irreductibles de la CNT, y de paso se divide al movimiento obrero. Después, la paz externa, acabando con la guerra en Marruecos, de la única manera que se podía hacer: retirada general de los centenares de pequeños fuertes indefendibles, pactar con Francia para asfixiar a la República del Rif, y desembarco en el centro del dispositivo rifeño, Alhucemas, coordinado con la intervención francesa. El Marrueco español se pacificó completamente entre 1926 y 1929. Un éxito indudable de Primo. Y para terminar, el partido único gubernamental, la Unión Patriótica. Alianza ad hoc de conservadores antiparlamentarios con poco porvenir en realidad (Nación, Iglesia y rey, por este orden, decían).

Su principal error fue su visceral y primitivo antinacionalismo, básicamente anticatalanismo. Pero la represión siempre pierde frente a los nacionalismos y Primo fue otro más de los derrotados por las fuerzas centrifugas ibéricas. Sólo que no se enteraba. El siguiente error fue su falta de programa político y de bases sociales de apoyo. Los católicos, la burguesía industrial, los nacionalistas y el movimiento obrero no socialista, no sólo no le apoyaban sino que le detestaban. Y a medida que la salud del dictador empeoraba, Primo empezó a pensar en dejar el mando devolviendo la monarquía a la normalidad anterior al golpe. Pero eso era imposible. La política de obras públicas y el cierre de la crisis de África no eran suficientes para calmar las ansias de libertad de la sociedad española. La dictadura sólo era una pausa en la marcha del país hacia la modernidad y decididamente hacia la República. Las reformas no se podían aplazar más. Pero Primo no era el indicado para estas tareas. Terminada la guerra de África se atrevió a cambiar su directorio militar por otro civil, dónde destacó Calvo Sotelo como ministro de Hacienda con su intento de reforma fiscal. Otro aspecto que quedó sin desarrollar, y tendría gran importancia, se trataba del Estatuto de los Municipios que les proporcionaba más democracia y más autonomía, pero Primo tuvo entonces en contra a la clase política tradicional y a las oligarquías de siempre. Las elecciones municipales quedaron suspendidas sine die. No obstante el gobierno creó el Banco Exterior de España para potenciar y regular el comercio internacional, también el Banco Hipotecario para promover la construcción de viviendas populares, y finalmente el Banco de Crédito Industrial para fomentar el desarrollo industrial. En una maniobra sorprendente, el gobierno nacionalizó la distribución de petróleos y derivados creando la CAMPSA que se adjudicó a un consorcio de bancos españoles. Otra medida positiva fue la creación de las Confederaciones Hidrográficas,

Iglesias) y consistía en salvar la organización bajo cualquier circunstancia, y en este caso bastante oportunista por parte de UGT.

intento de racionalizar el uso del agua en un país seco. Todas estas medidas le trajeron la repulsa de los medios políticos y financieros más tradicionales y debilitaron su gobierno. Finalmente, los intelectuales y los estudiantes de la poderosa FUE se unieron a la oposición y el rey recibió presiones para su destitución. Pero todo esto no hubiera traído la caída de Primo mientras contara con el apoyo del ejército. Pero Primo de Rivera se complicó la vida con los militares. Primero mangoneó la Junta de Clasificación de ascensos para así premiar o castigar a los oficiales, después se metió con los artilleros atacando su rígido sistema de ascensos. Los artilleros se pusieron en huelga y Primo disolvió el cuerpo. Nadie apoyó a los artilleros que tuvieron que envainársela pero la oficialidad de todas las armas vio el hecho como un agravio y una cacicada. Para encontrar una salida a sus apuros, Primo propuso la constitución de una Asamblea Nacional no electiva que formulara una nueva Constitución. Pero el proyecto era antidemocrático y la Asamblea Nacional era una imitación del Gran Consejo Fascista de Mussolini. Primo estaba perdido, ya no contaba con nadie. Y se empezó a buscar a otro general que le diera el portazo a Primo. Y a todo esto sobrevino el crack del 29 y la peseta cayó en picado por muchos esfuerzos que hizo Calvo Sotelo para mantenerla. Con varias conspiraciones en marcha, el rey alarmado de la situación buscó una oportunidad para acabar con su gobierno. Pero no hizo falta, abandonado por los Capitanes Generales a los que Primo había consultado, decidió dimitir y partir a Francia, donde murió a los pocos meses.

Los sectores del ejército que conspiraron contra Primo, no llegaron a derribarle, pero, no obstante, encontraban perfectamente legítimo intervenir contra Primo y reconducir el proceso político a sus orígenes, la monarquía alfonsina pura y dura.

Último acto, la II República

La II República llegó a España de la forma más pacífica y en cierto modo más natural: la monarquía se había agotado, su última experiencia, la dictadura de Primo, había fracasado y con ella el propio rey, su principal valedor, era claro que el siguiente paso se daría sin la monarquía, y el país lo sabía. El ejército lo sabía y las clases dirigentes también. Todo el mundo se encontraba al paro, sólo era cuestión de esperar. Sólo era cuestión de ver si los militares iban a permitirlo. Las elecciones municipales del 31, no fueron una victoria abrumadora de los republicanos, aunque sí barrieron en las ciudades, donde el voto era libre, por contra de los medios rurales donde muchos de los votos eran cautivos desde los tiempos de Isabel II.

Todas las instituciones del estado asumieron la llegada de la República como inevitable e incluso conveniente. Estaba pasando lo mismo que en 1873, con la diferencia de que no eran ahora las clases políticas las que traían la República por agotamiento de la monarquía, sino las clases populares, el pueblo llano era el que quería el cambio. Terminar con la dolorosa monarquía de espaldones, gigantes, cabezudos y monarcas libertinos.



El Ministro de la Guerra Manuel Azaña junto a Franco y otros militares conocidos en La Coruña en 1932

Mucho se ha dicho sobre cómo recibió el ejército la llegada de la II República e incluso la misma Iglesia. El ejército, salvo una muy pequeña minoría a ambos lados del espectro político militar, la recibió con indiferencia. La Iglesia no, la Iglesia Católica la recibió con creciente desasosiego, sabía que su principal ocupación, la enseñanza, corría peligro, al contrario del ejército que de primeras no veía peligros para su estatus en el horizonte republicano, la Iglesia si lo veía y con razón, la situación de la enseñanza española, y muchas otras, era prácticamente medieval, y era culpa de los intereses creados de la Iglesia Católica y de otros grupos similares (más o menos los mismos que ahora) que tenían secuestrada la enseñanza pública y la moral pública con argumentos ultraconservadores (más o menos los mismos que ahora). Por tanto, la II República no nació inocente, nació con enemigos muy correosos, cuales son ciertos obispos y cardenales combativamente antirrepublicanos, congregaciones reaccionarias, y demás ralea de la España de sacristía. Oligarcas que temían las reformas republicanas, militares que también temían la reforma del ejército, patronos decimonónicos que igualmente temían las reformas laborales... Pero además, la II República tenía más enemigos, el movimiento anarcosindicalista veía la llegada de la II República con la misma hostilidad que sus enemigos naturales. Para el anarquismo español de 1931, los burgueses liberales de Azaña y compañía eran los mismos que los burgueses conservadores de la monarquía. Craso error que hubieron de rectificar en febrero 1936. Pero también el diminuto Partido Comunista gritaba aquello de ¡Abajo la república burguesa!, ¡Vivan los soviets! Otro error que se vieron obligados a rectificar también tras octubre del 34.

Bueno, todo esto estaba muy bien, pero de qué valía la República si no se iniciaban urgentemente las reformas que el país necesitaba, Ejército y fuerzas de orden público, enseñanza, reforma agraria, Autonomía política para Cataluña y Euskadi, etc..., etc...

Al primer decreto reformista se iniciaron los movimientos, todo el mundo levó anclas y se puso a navegar, se había acabado la indiferencia, incluso el idilio de supuestos grandes sabios, como Ortega, Marañón, Madariaga, etc..., que en el fondo sólo eran pequeños burgueses, aquellos de "Al servicio de la República" pero que lo que realmente querían es la República a su "intelectual" servicio... El Cardenal Segura inició el fuego eclesiástico de la rebelión, que como tal naturaleza siempre fue fatuo. La compañía de Jesús ídem de ídem, y los terratenientes bramaban por los montes pues sus tierras que Dios les legó (o similar) les iban a ser expropiadas por una banda de intelectuales ateos pero algo entendidos en esto de las hectáreas sin cultivar. Los militares miraban sorprendidos mientras los oficiales

decididamente antirrepublicanos envenenaban los cuartos de banderas (*santa sanctórum* de los acuartelamientos). Empezaba la fiesta.

La reforma militar de Azaña, sería la gota que colmara el vaso de la inquietud militar. La reforma, con acierto y con fallos, eso era lo de menos, sirvió a la derecha para manipular a los militares y convencerles de lo que más temían desde los tiempos de Sagasta había llegado, la demolición del ejército tal y como ellos lo representaban. Los militares dejaron de ser indiferentes para adoptar su papel más tradicional, los garantes de la España de siempre, amenazada, según ellos, por el republicanismo, el intelectualismo y el separatismo.

Así, en 1932, la aristocracia monárquica, que no había dejado de conspirar desde el mismo 14 de abril de 1931, induce a un espaldón renombrado, Sanjurjo para el primer putsch militar antirrepublicano, la Sanjurjada del 10 de agosto. Centralizada en Sevilla, la asonada no pasa de eso, asonada, y es fácilmente superada por el gobierno. Esto haría creer a muchos políticos republicanos que los pronunciamientos son cosa del pasado. Error que nos costaría muy caro.

Tras esto, la conspiración se extiende a otras ramas monárquicas aún más cerriles, los carlistas, que unidos a los alfonsinos buscan el apoyo monetario y militar de Mussolini. La llegada al poder de la derecha en 1934, detiene esta conspiración y provoca la revolución de octubre, donde las masas obreras quieren impedir a toda costa que la República caiga en manos de quienes quieren destruirla. En este proceso, se produce la fascistización de la derecha y la radicalización de la izquierda, y en ella medra un nuevo tipo de partido fascista español, la Falange, que pese a su pequeñez, arma un ruido, ensordecedor. En medio, una brutal represión contra la izquierda y el republicanismo que no contribuye precisamente a calmar los ánimos.

La llegada al gobierno del recién formado Frente Popular tras las elecciones del febrero de 1936 desata la última y definitiva conspiración, donde los militares de la fracción mayoritaria del ejército, africanistas y UME⁽¹⁹⁾, encabezan un plan rápido de asalto al estado con el apoyo del resto de los conspiradores, oligarquía terrateniente, burguesía conservadora, carlistas, fascistas y las propias derechas representadas por la CEDA y Gil Robles quién, pese

¹⁹ Unión Militar Española. Especie de sindicato militar de corte derechista, por contra de la UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista) de corte republicano y de izquierdas.

a sus desmentidos posteriores, participó en alma y cuerpo en ella, con dinero y apoyos políticos. Destaca entre todos ellos el que fuera ministro de Hacienda en la dictadura, el señor Calvo Sotelo, verdadera figura fustigante en el parlamento de la España más reaccionaria e intolerante. El golpe en sí mismo, como sabemos, falló en la mayor parte de España y provocó la guerra civil.

Conclusiones.

En resumen, los antecedentes de la Guerra Civil española, aquello que llevó a la proclamación de la II República, la conspiración y el golpe, y la guerra civil, hay que ajustarlas exactamente a los parámetros fundamentales de la vida social y política del país durante el siglo XIX y el primer tercio del XX: La urgente necesidad de reformar estructurales, sociales, económicas, políticas y militares, y la irreductible decisión de las clases oligárquicas a negarlas a cualquier precio, por un lado, y la existencia de un ejército, con élites veteranas de una cruel guerra colonial, los africanistas, que tras una larga tradición de pronunciamientos militares, y con el apoyo de la derecha tradicional afecta al régimen anterior, estaban dispuestos a cortar por lo sano, la irresistible ascensión de la izquierda y las clases trabajadoras y su acerada decisión de emprender reformas sociales de hondo calado en una sociedad que suspiraba por ellas desde hacía dos siglos, al precio que fuera, revolución social incluida.

M. B. Junio de 2006

Bibliografía:

España 1808-1975. Raymond Carr.
Diccionario biográfico de personajes históricos del siglo XIX español.
La guerra del 98. Agustín R. Rodriguez Gonzalez.
El ejército español en el desastre de 1898. Rafael Núñez Florencio.
Las imágenes del desastre. Annual 1921. Antonio Carrasco García.
Historia secreta de Annual. Juan Pando
Annual 1921 y Yo te diré. Manuel Leguineche.

Enlaces (pueden haber caducado)

<http://www.spanamwar.com/>

<https://reservistasjaen.es/wp-content/uploads/2013/06/y-Teddy-Roosevelt-se-equivoc%C3%B3.pdf>

i General Cassola:

En abril de 1887 el general Cassola, ministro de la Guerra, presentó en el Congreso un plan para reorganizar el Ejército. El debate que se abrió tuvo gran transcendencia en la sociedad española y la prensa se hizo eco del mismo siguiéndose con verdadero interés. La reforma que el general Cassola se propone llevar a cabo en el seno de la institución militar afecta a dos aspectos fundamentales de la misma: primero, crear un organismo autónomo y efectivo mediante la promulgación de una ley Constitutiva del Ejército que defina con claridad la esencia del mismo y establezca definitivamente su articulación orgánica. Y segundo, intentar resolver adecuadamente la triste situación personal, familiar y social por la que estaban pasando los miembros del Ejército. Cassola se encontró con una fuerte oposición, debido a que su proyecto tocaba algunos puntos sensibles. Si la propuesta obligatoriedad del servicio cayó como un rayo en aquella sociedad burguesa, propicia a los nuevos privilegios del dinero y donde sólo los hijos de los pobres servían como soldados, muchas de las restantes reformas herían directamente el "espíritu de cuerpo". Su proyecto fue rechazado por los privilegiados en la sociedad civil, por aquellos que podían evitar el servicio en el ejército mediante el pago de la redención, y por los privilegiados en el estamento militar, es decir, por los cuerpos facultativos, Artillería, Ingenieros y Estado Mayor, que temieron perder el beneficio del dualismo y el sistema de ascensos por méritos.

iiArsenio Martínez Campos



Militar y político, nació en Segovia en 1831 y murió en Zarauz en 1900. Fue profesor de la Escuela de Estado Mayor. Tomó parte en las guerras de África, de México, de Cuba y la última carlista. Sirvió a las órdenes de Prim en la primera guerra de África y en la campaña de México en 1862. Tras la revolución del 68 pidió destino en Cuba, donde permaneció hasta 1872. De regreso a España apoyó, desde el gobierno militar de Cataluña, el pronunciamiento de Pavía contra la I República. Durante la I República luchó contra los cantones independentistas de Valencia y Cartagena. Y su más célebre hazaña fue cuando en diciembre de 1874 dio un pronunciamiento en Sagunto proclamando a Alfonso XII como jefe del Estado y rey de España. Posteriormente fue nombrado capitán general de Cataluña, tras vencer a los carlistas en Cataluña y Navarra. Una vez iniciada la etapa de la Restauración, fue nombrado capitán general de Cuba en 1876. Allí logró la paz de Zanjón con los rebeldes independentistas en 1878, con una política tolerante tendente a la concesión de un estatuto de autonomía. De regreso a España y, tras presidir un gobierno conservador en 1879, como títere de Cánovas, se pasa a las filas liberales, siendo ministro de la Guerra con Sagasta de 1881 a 1883, fundando la Academia General Militar. En 1893, fue designado como general en jefe del ejército de África y consiguió la paz de Melilla, con los rifeños. Dos años más tarde, volvió a Cuba pero al poco tiempo dimitió al sentirse impotente para llegar a un acuerdo con los rebeldes. En ese mismo año, 1893, sufrió un atentado anarquista. En 1895 se le envió a Cuba para combatir la nueva insurrección. Fue sustituido por Weyler al negarse a aceptar la responsabilidad de una política más dura contra los cubanos.

iii Valeriano Weyler y Nicolau

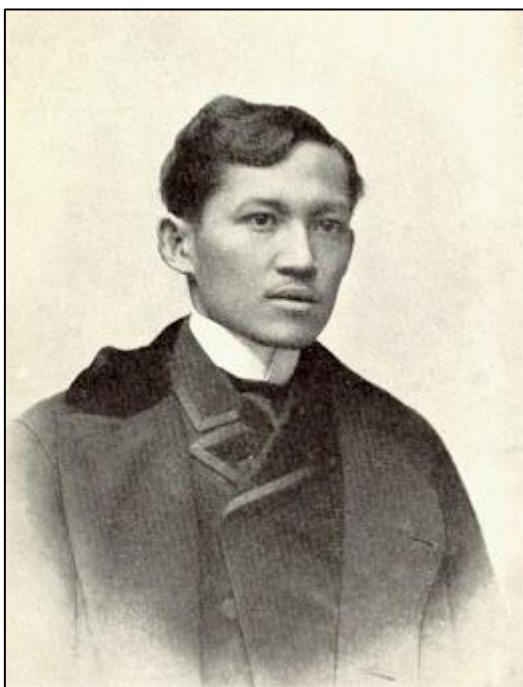


(Palma de Mallorca 1838-Madrid 1930): Marqués de Tenerife y duque de Rubí. Capitán de estado mayor (1861). Estuvo en Cuba en 1863 y en la campaña de Santo Domingo ganó la laureada de San Fernando (1863). De nuevo marchó a Cuba al mando de un escuadrón de voluntarios (1868). Regresó a España al proclamarse la primera república y luchando contra los carlistas, venció a Santés (dic.1863). En un principio se mostró reacio a la Restauración, pero ascendió a teniente general y fue capitán general de Canarias (1878- 1883) y de Filipinas (1888-1893); aquí apoyó a las órdenes religiosas e intentó una política de total asimilación. Marchó a Barcelona para reprimir el terrorismo (dic.1893). Fracasada la política de reconciliación de Martínez Campos, Cánovas le eligió para someter la insurrección (1896). Empleó una táctica de guerra total: organizó campos de concentración para los campesinos, destruyó los edificios que pudieran servir de refugio a los sublevados, prohibió la zafra, etc. Los norteamericanos le dieron entonces los calificativos de "carnicero" y "tigre de Manigua". Sus procedimientos guerreros, concentración de poblaciones en lugares determinados, las trochas y otras innovaciones, las llevaron exactamente igual a cabo los norteamericanos en su guerra de Secesión, en la I Guerra Mundial, en Corea y en Vietnam. Entre 1896 y 1897 cayó sobre Weyler la primera campaña periodística de la historia; una obra maestra de William Hearst, el inventor de la prensa amarilla y de la calumnia rentable. Pese a haber alcanzado algunos éxitos militares, su política cerró el paso a la negociación y facilitó la intervención de EEUU. Muerto Cánovas, Sagasta le destituyó (oct.1897). Desempeñó después el cargo de ministro de Guerra (1901-1905, 1907), y, de nuevo capitán general de Cataluña, dirigió los sucesos de la Semana trágica de 1909. Publicó entonces Mi mando en Cuba (5 vols., 1910- 1911). En 1910 ascendió a capitán general y en 1920 fue nombrado duque de Rubí y grande de España. Se opuso al golpe de estado de Primo de Rivera y hubo de dimitir de la jefatura del estado mayor (1925). Intervino en la "sanjuanada" (1927) y en 1930, presionó al rey para que destituyese al dictador.

iv Camilo García Polavieja:

(Madrid 1838-Madrid 1914) Participó como voluntario en la guerra de África y en 1863 pasó a Cuba, en donde permaneció diez años y ascendió, por méritos de guerra, hasta teniente coronel. De regreso en España, en 1873, luchó contra carlistas y republicanos en Cataluña. Ascendió a brigadier, volvió a Cuba, en donde combatió contra Maceo y gobernó en la provincia de Santiago (1879-1881). Fue capitán general de Andalucía y en 1890 marchó nuevamente a Cuba como capitán general de la isla, pero descontento con la política antillana de Romero Robledo, dimitió (1892). En 1896 se le envió a Filipinas para reemplazar al general Blanco. Al formar gobierno Silvela (marzo 1899) le encomendó la cartera de la Guerra.

v José Rizal



Medico, novelista y mártir nacionalista filipino. Hijo de un rico plantador filipino, Rizal nació en Calambría (Luzón). Estudió Medicina en Madrid, París y Alemania, lugar donde publicó su novela *Noli me tangere* (1886), atacando los horrores del dominio español en Filipinas. Esta, junto con una segunda novela, *El filibusterismo* (1891), le proporcionaron un amplio reconocimiento y ayudaron al inicio de un movimiento de reforma en las Filipinas. Rizal criticaba el poder ejercido en su país por las órdenes religiosas católicas y exigía derechos políticos e igualdad para los filipinos, pero jamás abogó por la independencia. Tras ejercer durante algún tiempo la medicina en Hong Kong, regresó a Manila en 1892. Las autoridades manitenses lo exiliaron a la isla de Mindanao. Cuando estalló la rebelión filipina de 1896, Rizal fue acusado de ser el incitador. Fue ejecutado en Manila, después de ser condenado por sedición por un tribunal militar. En Filipinas es honrado como héroe nacional.

vi Acorazado USS Maine.



El 25 de enero de 1898, después de importantes movimientos navales norteamericanos alrededor de la isla de Cuba, fondea en el puerto de La Habana el acorazado USS Maine. El capitán general Blanco se encuentra ausente de visita en Júcaro así es que el capitán del buque pide hora al capitán general interino González Parrado para cumplimentarle. El gobierno español es consciente de la importancia de esa visita e intercambia mensajes frecuentes con su representante en Washington, Dupuy de Lome y con las autoridades en La Habana. El 28 de enero La Correspondencia Militar revela que el cónsul norteamericano en La Habana, Pittsburgh Lee, había indicado a su gobierno, tomando como pretexto los incidentes ocurridos en La Habana el día 14 de enero (Reconcentrado llamó a capitanía general refugio de granujas y varios militares asaltaron el periódico) la conveniencia de tener preparados en el Golfo de México a unos cuantos buques de guerra por su fuera necesario intervenir para proteger a los intereses norteamericanos. Las maniobras navales y la concentración de buques en la isla de las Tortugas fueron la consecuencia de esa sugerencia de Pittsburgh. En Madrid, y a insistencia de los militares, el gobierno decide corresponder a la visita "amistosa" del Maine a La Habana enviando al crucero Vizcaya en visita de " cortesía" a Nueva York. La orden es casi simultánea con otra cursada a los destructores Furor, Terror, Galeón, Plutón, Asor y Rayo de partir para la Habana. El ministro de Estado, Señor Grullón informa al embajador de Estados Unidos en Madrid, Señor Woodford de la visita del Vizcaya, pero el gobierno norteamericano utiliza la oportunidad para encargar seis nuevos destructores para su flota. La Correspondencia Militar vuelve a la carga el 31 de enero y señala que "En Estados Unidos se ultraja a España amparando a la Junta Revolucionaria de Cuba", y que "en territorio norteamericano tienen su sede asociaciones y publicaciones que apoyan a los insurrectos cubanos, y que de Estados Unidos parten expediciones armadas contra Cuba, para finalmente recordar el mensaje del presidente McKinley (ver mensaje de McKinley) en el que se sugería la posibilidad de intervenir en Cuba para acudir en apoyo de las poblaciones concentradas a la fuerza. Otro buque norteamericano el USS Montgomery, visita Santiago, mientras que un oficial llamado Browningshield visita la ciudad de Matanzas y dice a la prensa que allí se encuentran concentradas unas 24.000 personas sin abrigo ni comida. A principios de febrero La Correspondencia Militar y una parte de la

prensa se vuelven a mostrar beligerantes y acusan al gobierno de improvisación por haber enviado al Vizcaya solo sin escuadra y anuncia que se pondrá remedio y se enviará a una escuadrilla de torpederos. Rafael Gasset publica en el imparcial (6-2-1898) un artículo en el que señala que desde Cánovas existía un statu quo naval entre Estados Unidos y España, pero que éste fue violado por Estados Unidos al enviar al Maine a la Habana y a otro barco a Lisboa, como advertencia a Madrid. En ese ambiente prebélico La Correspondencia Militar del día 8-2-1898 elogia el artículo citado de Rafael Gasset, pide guerra a muerte a los norteamericanos y añade que "si el gobierno no quiere ir a la guerra, deje el puesto a otros hombres que la aceptarían gustosos para salvar a la patria con el concurso del Ejército". Pero La Correspondencia Militar no solo hace gala de un militarismo poco frecuente incluso en ese final de siglo XIX, sino de un imperdonable desconocimiento de las realidades militares de España y Estados Unidos. Otro artículo del día 9-2-1898 pretende que "Los Estados Unidos no disponen de ejército... Sus soldados no son soldados... Su Armada es tan escasa como deficiente... El temple de sus marinos no está probado, mientras que el nuestro se probó en Trafalgar y en el Callao". Mientras que en poco tiempo el Almirante Cervera, en un estudio comparativo de las respectivas flotas (Ver Las flotas de Estados Unidos y de España) remitido a sus superiores debería haber enfriado esos entusiasmos ignorantes de La Correspondencia, el presidente norteamericano encarga al Capitán Goodrich, Presidente del Colegio Naval y Militar, un plan para caso de guerra con España. Fingiendo ignorar esos planteamientos, la Capitanía General de la Habana ofrece una recepción a los oficiales del Maine, encabezados por su Capitán Sigsbee y el cónsul Fitzburgh. Como anécdota curiosa, el puntilloso administrador de la aduana de La Habana pregunta a sus superiores si procede cobrar derechos de aduana por las provisiones que trae el acorazado Maine y que ya transporta hacia La Habana el torpedero Cushing, enviado por el gobierno norteamericano con armas y víveres. El día 14 de febrero, el mismo de la llegada del Cushing, los servicios de inteligencia de la Presidencia informan a sus superiores que en un vapor de línea procedente de Tampa, y con nombre supuesto, ha llegado a La Habana el corresponsal del Journal, C. Decker "yanqui que ayudó a la evasión de Evangelina Cossío". (Ver Evangelina Cossío). A las 21:35 o 21:40 horas –según los testimonios, del 16 de febrero estalla el acorazado Maine, dando lugar con ello al inicio de la guerra hispano-norteamericana que concluirá con la pérdida de la última colonia americana de España. El corresponsal del periódico Imparcial, Domingo Blanco, autorizado junto con otros periodistas por el General Manterola a acercarse en botes al lugar del suceso, enviará la siguiente descripción a su periódico: "El barco americano se hundió inmediatamente de proa, levantando la popa que iba hundiéndose a medida que iban ocurriendo las siguientes explosiones.. Sin la circunstancia referida de ser muy resistente su blindaje, hubieran ocurrido muchas desgracias porque el Alfonso XII estaba casi tocando con el Maine.." "La llamada que siguió a la explosión fue producida por una bomba de las que se usan para hacer señales... En la proa tenía su dormitorio la mayor parte de la marinería... El incendio corriese rápidamente hacia la popa a pesar de que no soplaban vientos alguno.. Los cadáveres presentan horribles quemaduras y espantosas maceraciones. Muchos tienen mordeduras de tiburones..." Los oficiales supervivientes -24 de 26- se refugiaron en el mercante City of Washington que estaba algo más alejado del Maine que el Alfonso XII... Las quemaduras eran tan horrorosas que al ser recogidos por los españoles lanzaban terribles lamentos..." De una tripulación de 355 hombres perecieron 266. El imparcial publicó las impresiones recogidas de inmediato por su corresponsal Domingo Blanco entre los supervivientes. Un marino le dijo: "Sentir el ruido,

quedarme sordo, y encontrarme en el agua fue todo uno. Sonó la explosión y solo se que conmigo cayó al agua un pelotón de hombres... Sin acusar directamente a España, los corresponsales norteamericanos en La Habana dejarán claras en sus crónicas sus dudas sobre el carácter fortuito de la explosión. Mucho se escribió aquella noche, en los días siguientes y en los años venideros sobre el origen de la explosión del Maine, aún no aclarado. Sea lo que fuere, lo único válido para la historia siguiente es que dio origen a la guerra hispano-norteamericana y con la derrota española, a la salida de España del grupo de naciones imperiales de primera fila. Estados Unidos envió al USS New York, uno de sus mejores cruceros, a La Habana en sustitución del Maine. En medio de esos ánimos caldeados llegó a Nueva York el día 18 de febrero del crucero Vizcaya que sorprendentemente el gobierno español no ordenó cambiar de rumbo. La prensa de Nueva York soliviantará a la población contra el crucero español y algunos periódicos llegan a escribir que si estallan las hostilidades estando éste anclado en el puerto el Vizcaya puede hacer pasar muy malos momentos a la ciudad. Los ciudadanos de Nueva York envían cartas al ministro de la Marina, Mr. Long protestando por la presencia del Vizcaya y amenazando con volarlo, pero el 23 de febrero el Almirante Bunce y el general Merritt visitan el Vizcaya en devolución de la visita que hicieron las autoridades españolas de la Habana al Maine. El periódico The Standard de Nueva York dice que había sido enviado debido a la aparición de buques de guerra alemanes en la zona (En efecto el buque Charlotte había sido visto, pero llegó a La Habana después de El Maine). El gobierno español es consciente de la trascendencia de la visita e intercambia frecuentes mensajes con su representante en Washington, Dupuy de Lome y con las autoridades de La Habana. Otro buque norteamericano, el USS Montgomery visita Santiago, mientras que un oficial llamado Browninshield visita la ciudad de Matanzas y dice a la prensa que allí se encuentran reconcentradas unas 20.000 personas sin abrigo ni comida. (Ver La reconcentración). A principios de febrero una parte de la prensa española acusa al gobierno de improvisación por haber enviado al Vizcaya solo y sin escuadra y anuncia que se pondrá remedio enviando una escuadrilla de torpederos. Rafael Gasset escribe en El Imparcial (6-2-1898) que desde Cánovas existía un statu quo naval entre Estados Unidos y España pero que éste fue violado por el gobierno de aquel país al enviar al Maine a La Habana y a otro barco a Lisboa como advertencia a Madrid. En ese ambiente de beligerancia La Correspondencia Militar del día 8-2-1898 elogia el artículo de Gasset que califica de "grito de guerra", pide guerra a muerte a los norteamericanos y añade que "Si el gobierno no quiere ir a la guerra, deje el puesto a otros hombres que la aceptarían gustosos para salvar a la patria con el concurso del Ejército". Pero La Correspondencia Militar no solo hace gala de un militarismo poco frecuente, sino también de un imperdonable desconocimiento de las realidades militares entre Estados Unidos y España porque en otro artículo del día 9-2-1898 dice que "Los Estados Unidos no disponen de ejército [...] Sus soldados no son soldados [...] Su armada es tan escasa como deficiente [...] El temple de sus marinos no está probado, mientras que el nuestro se probó en Trafalgar y en El Callao [...] La actitud de Estados Unidos es la del pobre de espíritu que empuña un arma temblando de miedo y gritando al mismo tiempo que se va a comer el mundo." En los meses siguientes el subsecretario de Defensa norteamericano Teodoro Roosevelt demostrará con creces que en Estados Unidos existía una clase de hombres parecida a aquellos que La Correspondencia Militar representa. El estudio comparativo de las respectivas flotas remitido por el Almirante Cervera a sus superiores debería haber enfriado aquellos ánimos gallardos, pero o los que escribían en La Correspondencia Militar no lo conocían o irresponsablemente lo ignoraban. Lo

cierto es que mientras España emplea su tiempo en diatribas contra Estados Unidos, el Presidente de ese país encargaba al Capitán Goodrich, Presidente del Colegio Naval y Militar, un plan para caso de guerra con España. En La Habana la Capitanía General ofrece una recepción a los oficiales del Maine, que acuden encabezados por su Capitán Sigsbee y el cónsul Lee. A título de anécdota simpática, el puntilloso administrador de la Aduana de La Habana pregunta a sus superiores si debe cobrar derechos de aduana por las provisiones que trae para el Maine el torpedero Cushing (que llega el día 14-2-1898) enviado con ese fin por el gobierno norteamericano. Ese mismo día los servicios de inteligencia que dirige el Coronel Pagliary informan a Madrid que en vapor procedente de Tampa había llegado a La Habana, con nombre supuesto, el corresponsal del periódico The Journal, C. Decaer, "el Iñaki" que ayudó a la evasión de Evangelina Cossío. A las 21:35 o 21:40, según quien lo precise, del 15 de febrero estalla el acorazado Maine. El corresponsal del periódico El Imparcial, Domingo Blanco, autorizado junto con otros reporteros por el General Manterola a acercarse en un bote al lugar de la tragedia, la describe así: "Del Maine sólo quedan fuera del agua restos de la popa y un pedazo de palo.

vii Cavite

La guerra hispano-norteamericana regeneró la marina norteamericana e hizoemerger a los Estados Unidos como potencia mundial emergente. La isla de Cuba era uno de los últimos vestigios del imperio español. Un sistema político colonial, la dominación económica por la metrópoli y la represión de todas las reformas intentadas, había impulsado a revueltas periódicas contra el dominio español. La revuelta más duradera fue la guerra de los Diez Años, de 1868 a 1878. Cuba, situada a menos de cien millas de Florida, despertaba simpatía en los norteamericanos por sus vínculos emocionales, comerciales y también estratégicos con la isla. Las peticiones de intervención norteamericana fueron constantes durante la segunda mitad del siglo XIX, pero los diferentes presidentes norteamericanos continuaron la política pasiva de no ejercer presión sobre el gobierno español para que implantara reformas. En 1895 estalló una nueva rebelión que en 1898 ya le había costado a España 100.000 bajas. Toda la isla estaba asolada por los dos bandos y su economía totalmente arruinada; las exportaciones a Estados Unidos, su cliente potencial, quedaron reducidas a la mitad entre 1894 y 1895; España detenía los barcos norteamericanos en alta mar y destruía las propiedades norteamericanas en Cuba; la rebelión fue desastrosa para los intereses comerciales y financieros norteamericanos en el país. Para provocar la intervención de Estados Unidos, había agentes que destruían también las propiedades de los norteamericanos y actuaban sobre el sentimiento popular americano de todas las formas posibles. El grupo que fomentaba la rebelión cubana era muy poderoso en los Estados Unidos. La opinión pública americana se sintió ultrajada aún más en 1896, cuando el capitán general español Valeriano Weyler intentó dominar la rebelión por medio de su política de "reconcentración". La reconcentración consistía en recluir a la población no combatiente en ciudades fortificadas y conquistar sistemáticamente el país, de modo que aquélla no pudiera apoyar a los rebeldes. En la prensa americana aparecieron relatos sensacionalistas de atrocidades. Al comienzo de la rebelión, el presidente Grover Cleveland había mantenido la política básica americana de pedir a España que reformase su administración en Cuba para terminar con la insurrección. En 1897, con la llegada al poder de McKinley, en la presidencia norteamericana se seguía insistiendo en el mismo sentido. Los

rebeldes, pensando que podía darse una ayuda estadounidense siguieron luchando de manera constante. La guerra cada vez estaba más cerca. Empujado por la prensa sensacionalista de William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer y por la presión del Congreso y la opinión pública, McKinley se iba preparando para la guerra. La gota que colmó el vaso americano fue la sospechosa explosión que provocó el hundimiento del acorazado Maine en el puerto de La Habana el 15 de febrero de 1898. McKinley hizo varios intentos desesperados para resolver el problema por la vía democrática. Pero no dieron resultado, ya que el 21 de abril y bajo una situación de euforia social, se declaró la guerra. La reconstrucción de la marina norteamericana había comenzado en la década de 1880, a la misma vez que se exponían nuevas teorías de estrategia y defensa naval. La política naval que se impuso fue la impulsada por Alfred Mahan cuya doctrina se conoció como "teoría del acorazado". Su principal argumento se basaba en que una potencia importante debía tener una fuerte flota de acorazados para eliminar la posibilidad de bloqueo por las escuadras enemigas y para adquirir supremacía de batalla en una zona amplia contigua a sus costas. Fuera del campo de la política naval, Mahan era un intelectual que al igual que otros predicaban una nueva doctrina de expansión y la adquisición de mercados extranjeros. Mahan junto a sus amigos de influencia política Henry Lodge y Theodore Roosevelt, promovieron la llamada a la acción, agrupando las ideas de seguridad nacional, expansión comercial y honor de la nación en apoyo de un programa principal de expansión comercial y naval. El programa tuvo una voz más activa en el gobierno en el momento que Theodore Roosevelt fue nombrado subsecretario de marina en 1897. En 1896, el departamento de marina había ideado un amplio plan de operaciones contra España en el Caribe, Europa y el Lejano Oriente. Roosevelt expuso su teoría de cómo debía encararse la guerra desde tres ángulos. Para aislar a España de sus ingresos y colonias en el Lejano Oriente, el plan de la armada recogía un ataque contra la escuadra española situada en Manila, para evitar su utilización contra la navegación norteamericana y la zona del Pacífico, al que seguiría la conquista de Manila como base para controlar el comercio de Filipinas. En 1898, la marina norteamericana disponía de cinco acorazados, seis monitores, dos cruceros acorazados, ocho cruceros protegidos, nueve cruceros menores y diez cañoneros. Normalmente sólo media docena de cruceros y cañoneros se encontraban en la zona asiática para defender las vidas e intereses de los comerciantes y misioneros norteamericanos en China y Corea. Roosevelt eligió al comodoro Dewey para que organizase la escuadra asiática. Dewey zarpó para el Lejano Oriente en diciembre de 1897. Siguiendo las instrucciones de Roosevelt, Dewey reunió la escuadra asiática de Hong Kong y se encontraba dispuesto a atacar cuando se declaró la guerra en abril de 1898.

A medida que la guerra se iba aproximando la mayor preocupación de Dewey era que su escuadra no quedase inmovilizada en el Lejano Oriente por falta de carbón, suministros y abastecimientos. Dewey descubrió que los otros jefes navales habían acaparado todos los stock posibles de carbón galés de primera calidad. Sin embargo, Dewey pudo comprar el barco carbonero Nanshan con 3000 toneladas de carbón a bordo, y posteriormente adquirió el buque de vapor Zafiro como barco de abastecimiento. El problema de la munición se alivió al llegar el 22 de abril el crucero Baltimore con una remesa especial de Hawái. Dewey contaba con cuatro cruceros, dos cañoneros y tres barcos auxiliares. Dewey izó su bandera de comodoro en el Olympia, el mejor crucero acorazado de la marina. El 23 de abril requirieron a la escuadra para que abandonara Hong Kong en 24 horas, ya que se había proclamado el bloqueo de Cuba y las hostilidades habían comenzado. Al día siguiente Dewey recibió órdenes del secretario de marina John

Long de dirigirse a Manila para conquistarla o destruir la escuadra española que allí se encontraba estacionada. Dewey conoció que el cónsul norteamericano en Manila, Oscar Williams, se encontraba de camino a Hong Kong, por lo que la escuadra esperó a que el cónsul informase sobre Manila y sus defensas. Williams llegó el día 27 a las 11 y la escuadra zarpó a las 14. España no había podido derrotar a los rebeldes cubanos ni a los filipinos. Algunas autoridades españolas se dieron cuenta de que Cuba estaba perdida, pero los círculos de la Corte, los políticos y nacionalistas conservadores preferían la derrota en guerra a cualquier rendición ante las demandas norteamericanas. Incluso los españoles moderados temían que cualquier arreglo sobre Cuba llevase a los conservadores y nacionalistas a amenazar el trono del joven rey español, entonces bajo la regencia de su madre austriaca. La derrota española estaba servida, ya que entraban al conflicto con sólo cuatro cruceros acorazados, doce cruceros viejos, cinco torpederos, tres destructores y algunos cañoneros. Además muchas de estas naves se encontraban en un estado lamentable. No había suficiente tripulación y la escasez de carbón y munición imposibilitó el poder hacer prácticas de tiro y maniobras. La situación era patética, la pobreza de España hacía imposible mantener a los barcos abastecidos, no había ningún plan de operaciones. El almirante Pascual Cervera tenía la sensación de desastre inminente. Incluso una victoria sólo serviría para atrasar la hecatombe inevitable. El lamentable estado de la preparación española para la guerra se reflejaba, por ejemplo, en Manila. El almirante Montojo mandaba una escuadra de cruceros y cañoneros; pero los cruceros eran antiguos y de escaso valor para la lucha. El mejor barco de la escuadra española era el Cristina de 3100 toneladas, cuyo principal armamento eran seis cañones de 6,2 pulgadas. Su principal apoyo era el Castilla con cuatro viejos cañones Krupp de 5,9 pulgadas. Tenía unas calderas muy deficientes y el casco con filtraciones. Otros barcos importantes fueron el Cuba, el Luzón, que fueron clasificados como cruceros, el Ulloa o el Austria. El peso total de la artillería española era la tercera parte de la norteamericana, aunque en realidad aún menor, ya que los barcos españoles se encontraban equipados con muy pocos cañones de tiro rápido. Los españoles disponían de diecinueve tubos lanzatorpedos, pero no tenían torpedos equipados. Cuatro caminos se abrían a la acción de los españoles en Manila. Primero: podían haber desembarcado a los hombres, cañones y munición para utilizarlos en la defensa de Manila y preparar los barcos para volarlos o hundirlos cuando apareciesen los norteamericanos. Este plan fue rechazado por el gobernador militar. Segundo: Montojo podía haber salido al encuentro de Dewey navegando a vapor con sus cuatro barcos en condiciones, atacándole quizá de noche o cuando los barcos norteamericanos pasaran por Corregidor. Teniendo en cuenta el estado de los barcos esta idea era dudosa. Tercero: Montojo podía haber dispersado sus navíos entre las islas para hostigar a los norteamericanos todo lo que pudieran. Este plan habría originado muchas molestias a Dewey y podría haber salvado a la escuadra española. Y por fin, Montojo podía combatir fondeando en la bahía de Manila con el apoyo de las baterías de costa. Este fue el plan que se adoptó en definitiva. Las baterías de costa debían haber sido una valiosa ventaja para Montojo, pero la mayoría estaban cerca de Manila y esforzándose por salvar a la ciudad de las granadas norteamericanas; el almirante español había fondeado demasiado lejos para que dichas Baterías fueran eficaces. A las 7 de la mañana del 30 de abril, informaron a Montojo de que los barcos norteamericanos habían sido avistados al amanecer en la bahía de Subic. A medianoche oyó el estampido de cañonazos y dio órdenes a sus hombres de prepararse para la acción. Dewey se decidió a entrar en la bahía de Manila de noche, a pesar de los rumores sobre las formidables baterías de costa y las abundantes minas con que estaba sembrada

la bahía. La entrada en la bahía se había minado, pero el agua tenía tal profundidad que las minas quedaban muy por debajo del calado de cualquier barco. Dewey atacó de noche porque los españoles pensaban que navegar por el canal que conducía a la bahía sería imposible para los extranjeros. La escuadra norteamericana entró en la bahía formando una línea única, encabezada por el Olympia. Los barcos pasaron la bahía sin oposición y continuaron lentamente hacia Manila. Inmediatamente, como no iban a intervenir en la batalla, se separaron el McCulloch, el Nanshan y el Zafiro. A las 5:15 del 1 de mayo, la escuadra estaba delante de Manila y la batería de Cavite lanzaba los primeros cañonazos. Las baterías de costa y la escuadra española habían abierto fuego a su máximo alcance, dejando caer una lluvia de proyectiles muy por delante de la línea norteamericana que avanzaba a una velocidad de ocho nudos. A las 5:41 Dewey ordenó al Olympia que abriera fuego con sus cañones de proa. El Olympia avanzaba a lo largo de la línea española. Los barcos de Dewey recorrieron la línea española bien manejados y con sus cañones atronando. Los disparos españoles eran continuos pero poco eficaces, ya que la mayoría quedaban cortos o excesivamente largos. A distancia de 1600 a 650 metros, los barcos norteamericanos recorrieron cinco veces de arriba hacia abajo la línea española. Antes del quinto paso, Montojo aceptó que la misión era desesperada a no ser que pudiera atacar con el espolón a sus enemigos. Ordenó a los demás barcos que le siguieran y marchó al encuentro con los enemigos. Cuando el Cristina avanzó se concentró sobre él un fuego tan devastador que quedó convertido en pedazos. Una granada de ocho pulgadas hizo explosión en el depósito de municiones o cerca del mismo. Ardiendo en popa, con sólo dos hombres para manejar los cañones del costado, el barco pudo encaminarse a la costa, donde se ordenó a la tripulación que barrenase y abandonase la nave. De sus cuatrocientos hombres, doscientos eran bajas, entre ellos Montojo, herido en la pierna por un cascote de metralla. La inutilización del Castilla dejó solos en la línea española a los Cuba, Luzón, Ulloa y Duero. La situación en el bando español era desesperada. Los españoles descubrieron con asombro que los norteamericanos habían dejado de disparar y salían de la bahía. Montojo aprovechó la oportunidad para ordenar al resto de los barcos que se retiraran a lo más recóndito de la bahía de Bakor, donde debían resistir y hundir las naves cuando no quedara esperanza. Dewey se alarmó cuando el capitán Gridley, del Olympia, le informó que sólo quedaba el 15 por ciento de la munición para la batería de cinco pulgadas. Temiendo que también los demás barcos se encontrasen con escasez munición, el comodoro ordenó la retirada inmediata. Pero la conferencia de capitanes celebrada en el Olympia reveló que los norteamericanos no habían sufrido graves perjuicios en sus barcos ni habían tenido muertos. Además se descubrió que el mensaje referente a la munición se había malinterpretado, ya que en realidad sólo se había gastado el 15 por ciento de la misma. Mientras los capitanes fueron informados de las fuertes llamadas en el Cristina y en el Castilla. Quedaba claro que la principal resistencia española quedaba rota. Dewey indicó que había ordenado el alto el fuego para que desayunasesen. Cuando a las once se reanudó la acción, los españoles ofrecieron escasa resistencia pues Montojo dio la orden de hundir los barcos que quedaban a flote, recogiendo antes la documentación y los cerrojos de los cañones para llevarlos a la costa. De nuevo se aproximaron los barcos de Dewey en línea, con el Baltimore ahora en cabeza. A la distancia de 950 metros atacaron a la batería de Sangley Point y al Ulloa. La batería fue reducida rápidamente al silencio y el Ulloa hundido casi al mismo tiempo. El Cristina se vio sacudido por continuas explosiones en Cavite, mientras que el Castilla era una masa ardiente. El Petrel y el Concord fueron enviados detrás de Sangley Point. La batalla terminó a las 12:30. Dewey le dijo

al gobernador, que si las baterías de Manila hacían otro disparo, las tropas norteamericanas bombardearían la ciudad. El gobernador dijo que se mantendrían en silencio a no ser que los barcos norteamericanos bombardearan la ciudad. Con esta tregua a medias, terminaron las operaciones navales. Con casi toda la flota hundida o incendiada, la bahía de Manila fue un total desastre para los españoles. De los 1.150 hombres entre los oficiales y la marinería española, 58 resultaron muertos y 381 heridos. Los barcos españoles sufrieron numerosísimos impactos y quedaron en una situación lamentable. La escuadra norteamericana no sufrió daños ni bajas de consideración. El balance americano fue de 8 heridos leves en el Baltimore, un hombre con una rozadura en el Boston y dos lesionados por el retroceso del cañón en el Olympia. A pesar del resultado de la batalla, los norteamericanos estaban de acuerdo en que los españoles habían combatido con bravura. La responsabilidad de la derrota española debió recaer tanto en el gobierno de Madrid como en el propio almirante Montojo. El gobierno de Madrid le había entregado una escuadra oxidada y decrepita y expuesto al ataque de un enemigo potente. A pesar de las malas condiciones de su flota, se le puede achacar sin embargo a Montojo su falta de vigilancia y el no haber organizado mejor su posición defensiva. El principal error de Montojo fue permitir a Dewey que penetrara sin oposición en la bahía. Montojo escribió un informe en el que exponía que la ineeficacia de los barcos y la falta de personal especializado llevaron a España a la derrota. El gobierno español sometió a Montojo a un consejo de guerra, del que salió absuelto. En su defensa incluyó una carta de Dewey en que le testimoniaba la valiente dirección de la batalla por el almirante español. Las noticias de la victoria no llegaron al mundo hasta el 7 de mayo, porque el cable Manila - Hong Kong había quedado cortado. Muchos de los americanos no sabían dónde estaba Filipinas. El propio McKinley dijo que la guerra le serviría para aprender mucha geografía. El ansia expansionista norteamericano se vio multiplicado por la euforia de la victoria. McKinley se inclinó por retener las islas y envió una fuerza expedicionaria para hacerse con una base entre Hawaii y Manila. España también perdió las Carolinas, Marianas y Palaos que fueron vendidas a Alemania. Estados Unidos también arrebató Puerto Rico a España.

viii Almirante Cervera



(1839-1909) Vicealmirante. Se distinguió durante las guerras cantonales. Ya Capitán de Navío, fue encargado de la construcción de los cruceros acorazados de la clase "Vizcaya". Ministro de Marina en uno

de los Gobiernos Liberales de Sagasta, intentó sin conseguirlo, la ejecución de los planes navales previstos. Cuando estalló la guerra se le encomendó en mando de la denominada "Flota de Operaciones de las Antillas" compuesta por los pocos navíos que se pudieron aprestar. Realista con sus posibilidades, intentó por todos los medios que la flota se quedase en la península para servir de protección en caso de que los Estados Unidos decidieran una intervención en Canarias o en las costas españolas. Su llegada a Santiago de Cuba, supuso el bloqueo de la escuadra que intentó romper cuando la caída de la ciudad era inminente. A su regreso a España fue sometido a Consejo de Guerra del que resultó absuelto.

ix Santiago de Cuba

En la noche del 2 de julio de 1898, los buques americanos destacados en la entrada del puerto de Santiago divisaron las columnas de humo de la Flota Española que se preparaba a salir. Era claro que no podía haber sorpresa. A las ocho de la mañana sonó el toque de zafarrancho de combate en los buques españoles que fueron desfilando de uno en uno, a través de la angosta salida de la Bahía de Santiago, reducida parcialmente por el hundimiento del mercante americano "Merrimac". A las 9'35 horas el Buque Insignia "Infanta María Teresa" pasaba ante los Fuertes de El Morro" y un minuto más tarde el acorazado "Iowa" dio la voz de alarma. El "María Teresa" avanzaba a toda velocidad contra el crucero "Brooklyn" para embestirlo y atraer sobre el buque insignia el fuego de los barcos estadounidenses intentando permitir, si era posible, la huida de los demás buques de la flota amparados en su superior velocidad teórica. El "María Teresa" hizo fuego alcanzando al "Brooklyn" con un impacto y obligando a éste a virar en círculo para evita la acometida, sembrando la confusión en la línea estadounidense. Sin embargo, un impacto de 12" del "Iowa" alcanzó al "María Teresa" causándole serios daños al cortar una tubería de vapor. El buque perdió velocidad y la torre principal de popa dejó de funcionar. Con graves incendios en popa, la dotación de salvamento intentó rescatar a los tripulantes que habían quedado aislados en la popa por el incendio, pereciendo la dotación de salvamento y los marineros que habían quedado atrapados. El fuego se extendía cada vez más, aproximándose a los pañoles. Otro impacto alcanzó el puente de mando, hiriendo al comandante del Buque y matando a todos los oficiales. El propio Almirante Cervera tuvo que hacerse cargo del mando del "Infanta María Teresa". Prácticamente inutilizado, se dio la orden de virar hacia tierra y embarrancar, lo que hizo a las 10'15 horas, cerca de Punta Cabrera, a 6 millas y media al Oeste de Santiago. El Almirante ordenó arriar la bandera de combate, pero el fuego asolaba la Toldilla. La bandera cayó ardiendo en llamas. El salvamento de la tripulación fue muy difícil porque no quedaban botes y hubo que nadar 200 metros hasta la playa donde fueron recogidos por los botes del "Gloucester" y el Almirante Cervera, llevado hasta el "Iowa" donde fue recibido con honores militares y aclamado por la tripulación. El "Infanta María Teresa" tuvo 70 bajas. El "Vizcaya" salió en segundo lugar. Sobre él se abatió el grueso de la artillería norteamericana y sus cañones poco pudieron hacer por los defectos en los cierres de las piezas. Disparaban contra él, el "Brooklyn" desde 2.200 metros; el "Oregon", desde 2.700; el "Texas", desde 5.000 y el "Iowa" desde más distancia. A las 10'50 horas, con todos sus cañones inútiles, intentó abordar al "Brooklyn" que esquivó fácilmente la embestida por la escasa velocidad del buque español sobre el que continuó disparando. A las 11'15, ardiendo completamente, varó en los bajos de El Aserradero, a 15 millas al oeste de Santiago. El Capitán Eulate ordenó arriar la bandera de combate que

había sido donada por la Diputación de Vizcaya y la arrojó al fuego. Su dotación tuvo 100 muertos. En tercer lugar salió el "Cristóbal Colón". Este buque, recién construido, no llevaba artillería gruesa pues sus piezas principales, que habían sido adquiridas en Alemania, no fueron entregadas por el embargo militar. Así, sólo con sus piezas secundarias de 152 mm. , tuvo que combatir contra el "Iowa" (4 piezas principales de 305mm.), el "Brooklyn" (8 de 203mm.) y el "Oregon" (4 de 330 mm.), todos ellos, además, con sus correspondientes baterías de artillería secundaria. A pesar de todo, el "Colón" alcanzó con dos impactos al "Iowa". El buque español, que alcanzaba mayor velocidad que los oponentes estadounidenses, se alejaba ganando distancia nudo a nudo. Cada vez más lejos del enemigo, parecía que iba a salvarse de la destrucción. Sin embargo, a la una de la tarde, el Jefe de Máquinas subió al puente y comunicó al Capitán Díaz Moreu que el carbón bueno se había acabado y comenzaban a usar el cargado en Santiago. El pésimo carbón pulverizado hizo descender las revoluciones de las máquinas. El "Colón" perdía velocidad y los barcos norteamericanos ganaban terreno. La suerte estaba echada. Cercado por el "Oregon", el "Texas", el "Brooklyn", el "New York" y el "Vixen", el "Colón" embarrancó en la Playa del Río Turquino. Se arrió la bandera de combate. El "Texas" intentó tomarlo a remolque pero, abiertas las espitas del fondo por los españoles, el buque dio la vuelta y se hundió. Tras el "Colón", marchaba el "Almirante Oquendo". Frente a él, el "Iowa" comenzó a disparar sus andanadas de 305 mm. a uno 1.300 metros. Un impacto directo penetró en la torre de proa destruyendo la pieza y matando a toda su dotación. Otro impacto alcanzó la cámara principal de torpedos, provocando un grave incendio y matando a todos sus servidores. Para evitar las explosiones se lanzaron todos los torpedos. Todas las baterías de 140 mm. estaban inutilizadas. No funcionaban los ascensores de munición. Sólo una pieza de 140 seguía disparando servida por un Teniente de Navío herido y dos marineros que acarreaban, entre los tres, la munición. Convertido en un mar de llamas, el "Oquendo" varó cerca del "María Teresa". Consumida la bandera de Combate por las llamas, el comandante del buque, Lazaga, hizo su último ademán pegándose un tiro en la sien. Tuvo 80 muertos. Tras ellos salieron los dos destructores, el "Furor" (Buque insignia de destructores) y el "Plutón", ambos al mando de Villaamil. Retrasaron la salida para que la amenaza de sus torpedos obligara a los buques estadounidenses a disparar sobre ellos, permitiendo a los buques principales escapar. Sin embargo, los destructores no estaban concebidos para el combate frente a grandes unidades. Su misión era dar caza a los torpederos. Aunque barcos rapidísimos, su casco era endeble y cualquier impacto directo podría destruirlos. Primero salió el "Furor". Sus piezas de 75 mm. hacían fuego contra un enemigo superior. Los barcos enemigos abrieron fuego contra él casi a quemarropa destruyendo las máquinas y dejando inútiles las piezas artilleras. El "Furor" se hundía entre el aterrador fuego de las granadas. Un impacto mató a Villaamil. El buque se hundió poco después de que los escasos supervivientes (21) fueran rescatados por un cañonero americano. La misma suerte corrió el "Plutón". Su comandante se lanzó a toda máquina contra la flota enemiga disparando sus pequeños cañones. Un telón de fuego lo detuvo. Un impacto hizo estallar las máquinas y el pañol de municiones. A las once todo había acabado

x Abarrán

Incluso después del enfrentamiento de Abarran (1 de junio de 1921), Abd-el-Krim propuso al comandante militar de la base de Alhucemas un armisticio, a condición de que cesaran los bombardeos aéreos contra las poblaciones civiles y las injerencias españolas en la exacerbación de los conflictos intertribales. La respuesta redactada en términos insultantes para los Beni Urriagueles exigía como condición, emitida por el general Fernández Silvestre, la ocupación militar de su territorio. Humillación inaceptable, esta condición previa fue rechazada y las hostilidades se reanudaron a más y mejor con la toma de Igueriben que abría la vía a Annual.

Extractado del autor: Mourad Akalay